LIBRO dot.com

NOCHES FLORENTINAS
Heinrich Heine



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

NOCHE PRIMERA

Maximiliano se encontró con el médico en el vestíbulo, justo cuando éste se ponía sus guantes negros.

- Tengo muchísima prisa -exclamó el doctor precipitadamente-. La señora María no ha dormido en todo el día, y sólo en este preciso momento se ha quedado un poco amodorrada. No necesito recomendarle que no la despierte con ningún ruido; y cuando lo haga por sí misma, no debe hablar, ¡bajo ningún pretexto! Ha de permanecer tumbada y tranquila, sin agitarse, sin moverse en lo más mínimo; no debe hablar, insisto; sólo la distracción espiritual le será saludable. Cuéntele, por favor, todo tipo de historias desatinadas, de tal suerte que se vea obligada a escuchar serenamente.

- No se preocupe, doctor -respondió Maximiliano, esbozando una melancólica sonrisa-, que ya me he convertido en un perfecto charlatán y no la dejo ni abrir la boca. Le contaré suficientes y fantásticos desatinos, y tantos como usted quiera... Pero ¿cuánto tiempo más podrá vivir?

- Tengo muchísima prisa -repuso el médico, escapándose.

La morena Débora, con su típica agudeza de oído, había reconocido al recién llegado por sus pasos y le abría silenciosamente la puerta. A una señal de éste, abandonó igualmente en silencio la alcoba, y Maximiliano se encontró a solas con su amiga. Tan sólo a media luz estaba iluminada la habitación por una única lámpara. Esta proyectaba de vez en cuando sus rayos, medio temerosos, medio fisgones, en el rostro de la enferma, que dormía plácidamente, acostada en un sofá de seda verde y completamente vestida de muselina blanca.

Callado y cruzado de brazos permaneció Maximiliano durante un largo rato ante la mujer dormida, contemplando sus hermosos miembros, más descubiertos que ocultos por el ligero ropaje, sintiendo un vuelco en el corazón cada vez que la lámpara arrojaba su faja luminosa sobre la pálida faz.

«¡Dios mío! -se dijo en voz baja-. ¿Qué es esto? ¿Qué recuerdo se agita en mí? Sí, ahora lo sé. Esa imagen blanca sobre fondo verde, sí, ahora...»

En aquel instante despertó la enferma, y sus tiernos ojos de un azul oscuro, como mirando desde las profundidades de un sueño, se posaron en el amigo, interrogantes, suplicantes...

-¿En qué estáis pensando, Maximiliano? -inquirió, con esa voz tan aterradoramente apagada, propia de los enfermos del pecho y en la que creemos percibir al mismo tiempo el balbuceo de un niño, el trinar de un pájaro y los estertores de un moribundo-. ¿En qué estáis pensando, Maximiliano? -repitió, incorporándose con tal violencia, que sus largos bucles cercaron su cabeza como espantadas serpientes de oro.

- ¡Por el amor de Dios! -clamó Maximiliano, empujándola suavemente hasta dejarla de nuevo tendida en el sofá-, quédese tranquila y echada, no hable; todo se lo diré, todo cuanto pienso y siento, sí, ¡hasta lo que ni siquiera sé! En realidad -prosiguió-, no sé exactamente lo que estaba pensando y sintiendo. Imágenes de la niñez pasaban tenebrosas por mi cabeza, pensé en el palacio de mi madre, en el yermo jardín que allí se hallaba, en la hermosa estatua de mármol, yaciente en el verde césped... He dicho «el palacio de mi madre», pero ¡se lo ruego de todo corazón, no vaya a imaginarse algo

suntuoso y señorial! Ocurre que me he acostumbrado a emplear esa denominación; mi padre solía ponerle un acento muy especial a la expresión «¡el palacio!», y siempre sonreía de singular manera al pronunciar estas palabras. Vine a comprender mucho más tarde el significado de esa sonrisa, cuando era un mozalbete de unos doce años y viajé con mi madre al palacio. Fue mi primer viaje. Cruzamos durante todo un día un espeso bosque, cuya lúgubre oscuridad siempre me quedará grabada en la memoria, y ya entrada la noche nos detuvimos ante una larga pértiga, colocada horizontalmente y que nos separaba de un extenso prado. Tuvimos que esperar casi una media hora hasta que llegó un joven de una cercana choza de barro, quien quitó el obstáculo y nos dejó pasar. Digo «el joven» porque así seguía llamando la vieja Marta a su sobrino de cuarenta años; éste, para recibir dignamente a los honorables amos, se había puesto el viejo traje de librea de su difunto tío, y como quiera que tuvo que quitarle antes un poco el polvo, nos hizo esperar durante todo ese tiempo. Si se le hubiese dejado, se habría calzado también las medias, pero las largas, desnudas y rojas piernas no desentonaban demasiado bajo la casaca de un vivo rojo escarlata. Si llevaba pantalones o no, es algo de lo que no me acuerdo. Juan, nuestro criado, quien también había escuchado muchas veces el calificativo de «palacio», puso una cara de lo más asombrada cuando el joven nos condujo hasta la pequeña edificación en ruinas, morada otrora del señor que en paz descanse. Pero casi llega a perder el control de sí mismo cuando mi madre le mandó traer las camas. ¿Cómo podía haber imaginado que en el «palacio» no hubiese cama alguna? Así que la orden impartida por mi madre, de procurarnos lecho, o no la oyó o la pasó por alto, por considerarla un esfuerzo superfluo.

«Aquella casita, de un solo piso de altura, que habría tenido en sus mejores tiempos cinco cuartos habitables como máximo, era ahora imagen triste de la caducidad. Muebles destruidos, tapices hechos jirones, ni un solo vidrio entero en las ventanas, aquí y allá el piso arrancado, por doquier las huellas desagradables de la más insolente soldadesca.

»-Los soldados que han vivido en esta casa siempre lo han pasado muy bien -dijo el joven, poniendo sonrisa de estúpido.

»Pero mi madre hizo una señal para que la dejamos sola, y mientras el joven se entretenía con Juan, yo fui a ver el jardín. Este ofrecía igualmente todo el aspecto desolado de la destrucción. Los grandes árboles estaban en parte mutilados; en parte, derribados, y las plantas parásitas se elevaban sarcásticamente por sobre los troncos caídos. Aquí y allá, por entre el vigoroso matorral de tejos, podían reconocerse los antiguos senderos. Aquí y allá había también estatuas, carentes de cabeza en su mayoría o, por lo menos, de nariz. Recuerdo una figura de Diana, en cuya mitad inferior había crecido la hierba de la manera más ridícula que imaginarse quepa, así como me acuerdo también de una diosa de la abundancia, de cuyo cuerno brotaba con gran exuberancia una tupida y maloliente maleza. Tan sólo la estatua se había salvado, ¡Dios sabe cómo!, de la malignidad de los hombres y del tiempo; había sido derrumbada, lógicamente, de su pedestal y abandonada entre los altos hierbajos; pero ahí yacía, sin mutilaciones, la diosa de mármol, con los perfectos hermosos rasgos de su rostro, y con sus rígidos y generosos pechos, que brillaban ostentosamente por sobre la alta hierba como una revelación griega. Casi me espanté cuando la vi; esa imagen me infundía un extraño recato lascivo, y una secreta timidez me impidió contemplar durante mucho tiempo tan magno espectáculo.

«Cuando volví al lado de mi madre, ésta se encontraba junto a la ventana, sumida en sus pensamientos, la cabeza apoyada sobre el brazo derecho, las lágrimas le fluían ininterrumpidamente, regándole las mejillas. Nunca la había visto llorar de esa manera.

Me abrazó con impetuosa ternura y me pidió disculpas porque no recibiría un lecho en condiciones debido a la negligencia de Juan.

»- La vieja Marta -me dijo- está gravemente enferma y no puede dejarte su cama, mi niño querido. Pero Juan tendrá que prepararte los almohadones del coche para que puedas dormir sobre ellos y que te dé también su abrigo como manta. Yo dormiré aquí sobre la paja; éste era el dormitorio de mi padre, que en paz descanse; antes todo se veía aquí mucho mejor. ¡Déjame sola! -Y las lágrimas brotaron de sus ojos con mayor vehemencia.

«Fue porque la cama no era la de costumbre o porque una agitación me invadía el pecho, el caso es que no pude conciliar el sueño. El claro de luna penetraba tan directamente por los cristales rotos de las ventanas, que se me antojaba como una invitación al paseo en la clara noche de verano. Ya podía dar vueltas en mi cama, ora tendiéndome del lado derecho ora del izquierdo, ya podía cerrar los ojos o abrirlos de nuevo presa de impaciencia, lo cierto es que no podía dejar de pensar en la hermosa estatua de mármol que había visto tendida sobre la hierba. No podía entender la timidez que se había apoderado de mí al contemplarla, me ponía de mal humor ese sentimiento infantil. "Mañana -me decía a mí mismo en queda voz-, mañana te besaré, ¡oh, tú, hermoso rostro de mármol, te besaré precisamente en la preciosa comisura de tu boca, donde los labios se funden, formando un hoyuelo tan gracioso!" Una impaciencia como nunca había sentido me recorrió el cuerpo al decir esto; no podía resistir por más tiempo ese impulso maravilloso, y finalmente salté de la cama con audaz denuedo y exclamé:

»- ¿Qué apostamos a que te beso hoy mismo, oh, tú, imagen querida?»

«Sigilosamente, para que mi madre no oyera mis pasos, salí de la casa, lo que fue tanto más fácil por cuanto el portal, si bien estaba equipado con un gran escudo, no tenía puerta. Precipitadamente me abrí camino por entre la fronda del inculto jardín. No se escuchaba ni un sonido, y todo descansaba, mudo y serio, bajo el plácido claro de luna. Las sombras de los árboles estaban como clavadas sobre la tierra. En la hierba verde yacía la hermosa diosa, inmóvil también, pero no era una muerte petrificada, sino un sereno sueño lo que parecía mantener encadenados sus armoniosos miembros, y cuando me acerqué a ella, sentí casi el miedo de poder despertarla con el menor ruido. Contuve la respiración al inclinarme sobre ella para contemplar los bellos rasgos de su rostro; un temor horrible me apartaba de ella, una pueril lascivia me empujaba de nuevo a su lado, mi corazón latía como si fuese a cometer un asesinato, y al fin besé a la hermosa diosa, con un fervor, con una dulzura y con una desesperación como nunca he vuelto a besar en esta vida. Tampoco he podido olvidar esa espantosa y delicada sensación que inundó mi alma cuando mi boca rozó a frialdad sublime de aquellos labios de mármol... ¿Se da cuenta, entonces, María?, cuando me encontraba ahora ante usted y la veía tendida, con su vestido de muselina blanca, sobre el sofá verde, el contemplarla me recordaba la blanca imagen de mármol entre las hierbas verdes. Si hubiese dormido más tiempo, mis labios no hubiesen resistido...

- ¡Maximiliano! ¡Maximiliano! -gritó la mujer desde las profundidades de su alma-. ¡Es horrible! ¡Sabéis que un beso de vuestra boca...

- ¡Oh, callad, sé que eso sería para usted algo horrible! No me mire de manera tan suplicante. No interpreto mal sus sentimientos, aun cuando las razones últimas de los mismos permanecen ocultas para mí. Nunca me ha sido permitido apoyar mi boca en sus labios...

Pero María no le dejó terminar de hablar, había cogido su mano, que cubría de los más ardientes besos, y dijo al fin sonriente:

- Se lo suplico, por favor, cuénteme más cosas de sus amoríos. ¿Durante cuánto tiempo amó a esa hermosa de mármol que había besado en el jardín el palacio de su madre?

- Partimos al día siguiente -contestó Maximiliano- y no he vuelto a ver la excelsa imagen. Pero casi cuatro años ocupó mi corazón. Una pasión inaudita por las estatuas de mármol ha ido desarrollándose desde entonces en mi alma, e incluso esta mañana sentí su poder arrebatador. Venía de la Laurenziana, la biblioteca de los Médicis, y fui a parar, ya no recuerdo cómo, a la capilla donde aquella familia, la que fuera la más gloriosa de Italia, se hizo construir un dormitorio de piedras preciosas para descansar tranquilamente. Una hora entera permanecí allí, sumido en la contemplación de la imagen en mármol de una mujer, cuya complexión colosal muestra la fuerza audaz de Miguel Ángel, mientras que toda la figura está rodeada de una dulzura etérea, como no suele encontrarse en ese maestro. En ese mármol se halla conjurado todo el reino de los sueños, con todas sus serenas bienaventuranzas; una tranquilidad cariñosa habita en esos hermosos miembros; por sus venas parece fluir la apaciguante luz de la luna..., es la *Noche* de Miguel Ángel Buonarroti. ¡Oh!, con qué placer dormiría el sueño eterno en los brazos de esa noche... Las imágenes pintadas de mujer -prosiguió Maximiliano, tras una pausa- nunca me han interesado con tanta vehemencia como las estatuas. Sólo una vez me enamoré de un cuadro. Era una hermosa madona, que vine a conocer en una iglesia en Colonia. Visitaba entonces con gran asiduidad las iglesias, y mi alma se sumía en la mística del catolicismo. Eran tiempos en los que, cual caballero español, hubiese luchado y arriesgado mi vida día tras día por la Inmaculada Concepción, por la Purísima María, reina de los ángeles, ¡la más hermosa dama del cielo y de la tierra! Por toda la Sagrada Familia me interesaba entonces, y con cortesía muy especial me quitaba el sombrero cada vez que pasaba por delante de una imagen de San José. Pero este estado de cosas no duró mucho tiempo, pues casi sin ceremonias ni cumplidos abandoné a la madre de Dios cuando entablé conocimiento, en una galería de estatuas de la antigüedad, con una ninfa griega, la que me tuvo sujeto durante mucho tiempo a sus cadenas de mármol.

-¿Y sólo amó usted siempre esculturas o retratos de mujeres? -dijo María, reprimiendo la risa.

-No, también he amado a mujeres muertas -repuso Maximiliano, adquiriendo de nuevo una gran seriedad en el rostro. No se dio cuenta del estremecimiento de terror que sacudió a María cuando él pronunció esas palabras, y siguió diciendo-: Pues, resulta altamente extraño que me enamorase en cierta ocasión de una chica cuando ésta llevaba ya siete años muerta. Cuando conocí a la pequeña Very, me agradó extraordinariamente. Tres días seguidos me tuvo ocupado esa joven persona, y encontraba el mayor placer en todo cuanto decía y hacía, en todas las manifestaciones de su carácter insólito y seductor, pero sin que en ello mi alma cayera en una ternura sobreexcitada. Y algunos meses después, tampoco me conmovió demasiado la noticia de su repentina muerte como resultado de una fiebre nerviosa. La olvidé completamente, y estoy convencido de que no pensé ni una sola vez en ella durante años. Siete años largos habían transcurrido desde entonces, y me encontraba en Potsdam, para disfrutar del hermoso verano en la soledad más absoluta. No tenía trato con ninguna persona, todas mis relaciones se limitaban a las estatuas en el jardín del palacio de Sanssouci. Un buen día me sucedió algo extraño: los rasgos de un rostro y una manera singularmente cariñosa de hablar y actuar me vinieron a

la mente, sin que pudiera recordar a qué persona pertenecían. No hay nada más mortificante que ese buscar y rebuscar entre los viejos recuerdos, así que me llevé una sorpresa agradable el día en que pensé de repente en la pequeña Very y me di cuenta de que había sido su querida y olvidada imagen lo que me había tenido tan preocupado. Sí, me alegré de ese descubrimiento como alguien que ve de súbito y de manera totalmente inesperada a su más íntimo amigo; los pálidos colores cobraron brillo poco a poco, y finalmente, vi de nuevo ante mí personificada a la dulce personita, riéndose, haciéndose la enfadada, chistosa y más hermosa que nunca. Desde ese instante no quiso volver a dejarme más esa sagrada imagen; llenaba toda mi alma; a dondequiera que iba y dondequiera me encontrara, allí estaba ella y caminaba a mi lado; hablaba conmigo, reía conmigo, pero inocentemente y sin gran ternura. Por mi parte, me encontraba cada día más y más encantado ante esa imagen, que diariamente cobraba para mí mayor realidad. Fácil es el conjurar espíritus, pero es difícil enviarlos de nuevo de regreso a su inexistencia oscura; nos miran entonces con aire tan suplicante, nuestro propio corazón intercede tan poderosamente en favor de ellos... Ya no podía desembarazarme de ella, y me enamoré de la pequeña Very a los siete años de su muerte. Así viví seis meses en Potsdam, completamente entregado a ese amor. Evité con más escrupulosidad aun que antes, todo contacto exterior; y cuando alguien pasaba por la calle algo cerca de mí, sentía la más desagradable de las angustias. Me mostraba profundamente huraño ante todo encuentro, con una aversión como la que han de sentir, quizás, los espíritus errantes de los muertos; pues éstos, según se dice, al encontrarse con un ser viviente se asustan tanto como el mortal al que se le aparece un fantasma. Casualmente pasó entonces por Potsdam un viajero al que no podía dar esquinazo, y a saber: mi hermano. Al verle, y al oírle contar los últimos acontecimientos de la historia universal cotidiana, desperté como de un profundo sueño y advertí de súbito, aterrorizado, la espantosa soledad a la que me había entregado por tanto tiempo. En tal estado ni siquiera me había percatado del cambio de las estaciones, así que, admirado, contemplé los árboles, que ya hacía mucho que habían perdido sus hojas y estaban cubiertos por la escarcha otoñal.

»Dejé en seguida Potsdam y a la pequeña Very, y en otra ciudad, en la que me esperaban negocios importantes, fui atormentado hasta mi pronta reincorporación a la cruda realidad, y esto por circunstancias y relaciones sumamente escabrosas. ¡Oh, cielos -prosiguió Maximiliano, cuyo labio superior fue sacudido por una dolorosa sonrisa-, oh, cielos!, esas mujeres de carne y hueso, con las que entré en aquel entonces en inevitable contacto, ¡cómo me torturaron, cómo me torturaron cariñosamente con sus muequitas y celillos, sin darme ningún descanso! ¡A cuántos bailes no tuve que seguirlas, en cuántos chismorreos no hube de inmiscuirme! ¡Qué vanidad incansable, qué placer por la mentira, qué traición besucona, qué de flores ponzoñosas! Aquellas damas supieron ahogar en mí todo deseo y todo amor, y me convertí durante un tiempo en un misógino que condenaba a todo el género femenino. Me ocurrió como al oficial francés que pudo escapar a duras penas de los hielos del Beresina, durante a campaña de Rusia, y que siente desde entonces por todo lo helado una antipatía tal que hasta rechaza con asco las más dulces y ricas tartas heladas de Tortoni. Pues sí, el recuerdo de ese Beresina del amor, por el que pasé entonces, hasta me quitó el gusto durante un tiempo por las más exquisitas damas, mujeres como ángeles, chicas como sorbetes de vainilla.

- ¡Os lo ruego -exclamó María-, no habléis mal de las mujeres! Esas son expresiones trilladas de los hombres. A fin de cuentas, para ser felices, necesitáis, sin embargo, a las mujeres.

- ¡Oh! -suspiró Maximiliano-, reconozco que eso es verdad. Pero, desgraciadamente, sólo tienen una única forma de hacernos felices, mientras saben hacernos infelices de treinta mil maneras.

- Querido amigo -repuso María, disimulando una ligera sonrisa-, hablo de la armonía entre dos almas gemelas. ¿No ha sentido nunca esa felicidad...? Mas veo que, de manera inusitada, se le suben los colores al rostro... ¡Hable usted..., Maximiliano!

- Es cierto, María, siento casi una timidez infantil tras haberle confesado el amor dichoso con el que fui infinitamente agraciado en aquel tiempo, todavía no ha desaparecido ese recuerdo; bajo su refrescante sombra suele buscar refugio mi alma cuando el polvo ardiente y los calores de la vida se tornan insoportables. Pero no me encuentro en condiciones de daros una imagen justa de esa amada. Era de una naturaleza tan etérea que sólo podía revelárseme en sueños. Pienso, María, que no tendrá ningún prejuicio trivial contra los sueños. Esas manifestaciones nocturnas tienen, verdaderamente, tanta realidad como esas crudas imágenes del día, que podemos asir con nuestras manos y que, con tanta frecuencia, nos ensucian. Sí, fue en sueños donde la vi, donde vi a aquel ser excelso, que mayor felicidad me ha dado en este mundo. Sobre su apariencia sé decir muy poco. No me veo capaz de describir con toda exactitud los rasgos de su rostro. Era un rostro que no había visto nunca y que no volví a ver después nunca más en la vida. Por cuanto me puedo acordar, no era ni blanco ni rosado, sino todo él de un solo color, de un amarillo pálido suavemente sonrojado, y transparente como el cristal. El encanto de ese rostro no consistía ni en proporciones de perfecta belleza ni en una mímica atrayente; lo que más bien le distinguía era su verdad embrujante, cautivante, casi aterradora. Era un rostro pleno de amor consciente y graciosa bondad, era más un alma que un rostro, y por eso nunca he podido visualizar del todo en el presente su aspecto exterior. Los ojos eran delicados como flores. Los labios, algo pálidos, pero graciosamente abultados, Llevaba un peinador de seda de color violeta; pero en esto consistía también su único vestido. El cuello iba descubierto; los pies, desnudos; y a través de la suave y fina vestimenta se asomaba tímidamente a veces su delgado y delicado cuerpo. Tampoco puedo recordar ya las palabras que intercambiamos; todo cuanto sé es que nos enamoramos y nos comprometimos, que hablábamos animados y felices, con franqueza e intimidad, como desposada y desposado, disfrutando uno del otro casi como entre hermanos. Pero a veces callábamos y nos contemplábamos, mirándonos fijamente a los ojos, permaneciendo en ese embeleso eternidades enteras... Qué me hizo despertar es algo que tampoco puedo decir, pero durante mucho tiempo me abandoné al goce de las reminiscencias sentimentales de aquel amor feliz. Conocí la embriaguez de un deleite inefable; las lánguidas profundidades de mi alma estaban llenas de bienaventuranza; una alegría antes desconocida parecía haberse volcado sobre todas mis sensaciones; permanecí alegre y animado, aun cuando no volví a ver en mis sueños a la amada. Pero ¿no había gozado eternidades al contemplarla?

Y ella también me conocía lo suficiente como para saber que no me gustan las repeticiones.

- En verdad -prorrumpió María- que es usted un *homme à bonne fortune*... Pero dígame, ¿fue mademoiselle Laurence una estatua de mármol o una pintura, una muerta o un sueño?

- Quizás todo eso a la vez -respondió muy seriamente Maximiliano.

-Puedo imaginarme, querido amigo, que esa amada ha tenido que ser de carnes muy inciertas. Y ¿cuándo me contará esa historia?

- Mañana. Es larga, y hoy estoy cansado. Vengo de la ópera y todavía resuena mucha música en mis oídos.

- Suele ir ahora con frecuencia a la ópera, y creo, Maximiliano, que va más para ver que para oír.

- No se equivoca, María, voy realmente a la ópera para contemplar los rostros de las italianas hermosas. Cierto es que ya fuera del teatro son lo suficientemente bellas; un historiador que partiera del carácter ideal de sus rasgos podría demostrar muy fácilmente la influencia de las artes plásticas sobre el aspecto corporal del pueblo italiano. Aquí la naturaleza ha vuelto a tomar de los artistas el capital que les prestara un día, y he ahí que ha producido dividendos de la manera más encantadora. La naturaleza, que otrora dio a los artistas sus modelos, copia ahora, por su parte, las obras maestras que de ellos salieron. El sentido de lo bello ha penetrado en todo el pueblo, y así como entonces actuó la carne sobre el espíritu, ahora es el espíritu el que incide sobre la carne. No es estéril, no, esa devoción por las hermosas madonas, por las idílicas imágenes de los altares, pues son éstas las que le infunden al novio su estado de ánimo, mientras en el pecho de la amada anida, en un sentido figuradamente apasionado, un bello santo. Gracias a tales analogías concomitantes ha surgido en este país un género humano más hermoso que el mismo suelo en el que florece, y más aun que el cielo soleado, que lo baña con sus rayos, enmarcándolo en oro. Los hombres no me interesan mucho, a menos que sean pintados o tallados, y a usted, María, le dejo toda clase de entusiasmo por lo que atañe a esos guapos y ágiles italianos, con sus tupidas y negras barbas, sus narices perfiladas y sus ojos dulces y vivarachos. Se dice que los lombardos son los hombres más apuestos del mundo. Nunca he realizado investigaciones en ese sentido, solamente sobre las lombardas he meditado muy seriamente; y éstas, es algo que he podido apreciar bien, son realmente tan hermosas como anuncia su fama. Pero ya en la Edad Media han tenido que ser bastante bien agraciadas. ¿No se dice acaso de Francisco I que los comentarios sobre la belleza de las milanesas fueron un poderoso y secreto acicate en su decisión de emprender la campaña de Italia? Seguramente el caballeroso rey sentía impaciencia por saber si sus tías espirituales, de la ralea de su padrino, eran tan guapas como había oído decir... ¡Pobre botarate, en Pavía tuvo que pagar bien cara su curiosidad![1].

»Mas ¡cuan hermosas son las italianas cuando la música ilumina sus rostros! Digo "iluminar", pues los efectos de la música, que observo en la ópera sobre los rostros de las mujeres guapas, se asemejan a aquellos juegos de luz y de sombra que tanto nos asombran cuando contemplamos estatuas en la noche a la luz de las antorchas. Esas imágenes de mármol nos revelan entonces, con aterradora verdad, el espíritu que vive en ellas y sus secretos mudos y sobrecogedores. De igual manera se nos manifiesta toda la vida de las hermosas italianas cuando las vemos en la ópera; las cambiantes melodías despiertan pronto en sus almas toda una serie de sentimientos, recuerdos, deseos y enfados, que se manifiestan en cada momento en sus mímicas, en sus rubores, en su palidecer y hasta en sus ojos. Quien sepa leer, podrá apreciar en sus hermosos rostros muchas dulces e interesantes facetas de sus vidas, historias tan asombrosas como los cuentos de Boccaccio, sentimientos tan delicados como los sonetos de Petrarca, caprichos

[1] Fue cuando Francisco I tuvo que escribirle a su madre, tras la batalla (1525): "Todo se ha perdido, menos el honor."

tan aventureros como las octavas de Ariosto, a veces también traiciones terribles y magnas furias, tan poéticas como el infierno del gran Dante. Merece la pena mirar hacia los palcos. ¡Si tan sólo los hombres no expresasen su entusiasmo con tanto escándalo ensordecedor![2]. Esos estridentes ruidos de un teatro italiano me resultan a veces pesados. Pero la música es el alma de esos hombres, su vida, su causa nacional. En otros países hay, ciertamente, músicos de igual renombre que los más afamados italianos, pero no hay en ellos pueblos musicales. La música no está representada aquí en Italia por individuos, sino que se manifiesta en toda la población, la música se ha convertido en pueblo. Entre nosotros, en el norte, esto es completamente distinto; allí la música se ha hecho hombre únicamente, y se llama Mozart o Meyerbeer; y además, cuando se analiza minuciosamente lo mejor de los que nos ofrece la música nórdica, encontraremos en ella sol italiano y perfume de naranjas; y antes que a nuestra Alemania, pertenece a la hermosa Italia, a la patria de la música. Sí, Italia seguirá siendo siempre la patria de la música, aun cuando sus grandes maestros mueran pronto o enmudezcan, aunque fallezca Bellini y calle Rossini.

- ¡Es verdad! -apuntó María-, Rossini mantiene un silencio absoluto. Si no me equivoco, calla desde hace ya diez años.

- Eso es quizás un chiste de su parte -respondió Maximiliano-. Ha querido demostrar que el nombre que se le dio de «cisne de Pesaro» no es apropiado en modo alguno. Los cisnes cantan al final de sus vidas, Rossini, sin embargo, ha cesado le cantar en la mitad de su vida. Creo que ha hecho muy bien, mostrando precisamente con ello que es un genio. Un artista que sólo posea talento, mantiene hasta el fin de su vida el impulso de ejercer ese talento, el orgullo le espolea, siente que se perfecciona continuamente, y esto le lleva a querer alcanzar el máximo. Pero el genio ya ha alcanzado el máximo, se encuentra satisfecho, desprecia al mundo y sus mezquinos orgullos, y se va a casa, a Stratford am Avon, como William Shakespeare, o se pasea sonriente y bromeante por el Boulevard des Italiens en París, como Gioacchino Rossini. Si el genio no tiene una constitución corporal muy mala, vivirá así todavía un buen tiempo después de haber dado sus obras maestras o, tal como se suele decir, después de haber cumplido su misión. Es un prejuicio creer que el genio ha de morir pronto; tengo entendido que se ha señalado la edad entre los treinta y los treinta y cinco años como el período más peligroso para un genio. Cuántas veces no me he burlado del pobre Bellini, profetizándole en broma que, en su calidad de genio, habría de morir en cuanto alcanzase la edad peligrosa. Es extraño; pese al tono de chanza, se asustaba ante esa profecía, me llamaba su hechicero y hacía siempre la señal de la cruz contra el mal de ojo... Le hubiese gustado tanto seguir con vida, sentía casi un rechazo apasionado por la muerte, no quería saber nada de ella, se asustaba como un niño al que aterra dormir a oscuras... Era un niño bueno y cariñoso, a veces algo travieso, pero entonces no había más que amenazarle con su pronta muerte, y bajaba inmediatamente la voz y suplicaba, y hacía la señal de la cruz con dos dedos levantados... ¡Pobre Bellini!

- ¿Así que lo habéis conocido personalmente? ¿Era guapo?

- No era feo. Veis como tampoco los hombres podemos responder afirmativamente cuando se nos hace una pregunta tal sobre alguien de nuestro sexo. Era una figura alta, espigada y esbelta, de graciosos movimientos, casi coquetos diría yo, siempre acicalado y

[2] Heine tuvo durante toda su vida un padecimiento neurótico ante el ruido: de niño le molestaba la música alta, de mayor no alquilaba una habitación sin cerciorarse antes de que era tranquila.

planchado; rostro de facciones regulares, alargado, de un rosado pálido; cabellos de un rubio claro, casi dorados, peinados en finos erizos; frente gallarda y ancha, muy ancha; nariz perfilada, ojos pálidos, azules; boca hermosamente dibujada; mentón redondo. Sus rasgos tenían algo de vaguedad, de falta de carácter, algo como de leche, y en esa faz lechosa afloraba a veces una expresión agridulce de dolor. Esa expresión de dolor sustituía en el rostro le Bellini la falta de ingenio; pero era un dolor sin profundidad; se asomaba a los ojos falto de poesía, temblaba sin pasión en los labios del hombre. El joven maestro parecía querer simbolizar, en toda su figura, ese dolor superficial y apagado. Peinaba sus cabellos con melancólica ensoñación; sus trajes le ceñían lánguidamente el esbelto cuerpo; llevaba un bastón español con gracia tan idílica, que siempre me recordaba a los jóvenes pastores que podíamos admirar, en nuestros juegos pastoriles, blandiendo varas y vestidos con chaquetillas y pantaloncillos de alegres colores. ¡Y su andar era tan virginal, tan elegiaco, tan etéreo! Todo el hombre era un suspiro vestido de cortesano. Despertó gran admiración entre las mujeres, pero dudo que haya causado en parte alguna una fuerte pasión. Su aspecto tenía para mí algo cómicamente insoportable, lo que habría de achacársele en primer término a su manera de hablar el francés. Pese a que Bellini vivió durante varios años en Francia, hablaba tan mal el francés como creo que no se podría hacer ni en Inglaterra. No debería calificar esa forma de hablar con el adjetivo «malo»; «malo» es aquí demasiado bueno. Hay que decir horripilante, incestuoso, apocalíptico. No exagero; cuando se estaba con él en alguna reunión de sociedad y chapurreaba y trituraba como un verdugo las pobres palabras francesas, rebuscando imperturbable sus disparates colosales, uno pensaba a veces que el mundo habría de hundirse bajo un retumbar de truenos...

»Un silencio sepulcral se apoderaba entonces de toda la sala; un pánico cerval se dibujaba en todos los rostros, con tiza o con cinabrio; las mujeres no sabían si habrían de desmayarse o salir corriendo; los hombres se miraban aterrados los pantalones, para ver si era verdad que los llevaban; y lo más terrible era que ese espanto provocaba al mismo tiempo convulsivos ataques de risa, casi imposibles de contener. De ahí que cuando se estaba con Bellini en una reunión de sociedad, su cercanía despertaba un cierto miedo; lo que, unido a una espantosa atracción, fascinaba y repelía a la vez. En más de una ocasión, sus retruécanos involuntarios tenían sólo un carácter de comicidad, y su chusca insipidez traía a la memoria el palacio de su compatriota, el príncipe Pallagoni, que Goethe, en su viaje por Italia, describe como un museo de deformaciones barrocas y otras mal ensambladas atrocidades. Como quiera que Bellini, en tales oportunidades, siempre creía haber dicho algo inocente y serio, su rostro formaba con sus palabras el más absurdo de los contrastes. Lo que podía molestarme de su cara se manifestaba entonces de manera muy pronunciada. Lo que en su rostro me disgustaba no era precisamente algo que pudiera ser calificado de imperfección, y mucho menos a las damas ha debido de desagradarles. La cara de Bellini, como todo su aspecto, tenía un frescor físico, una cierta rubicundez, ese color sonrojado que ejerce sobre mí una impresión antipática, puesto que prefiero lo moribundo y lo marmóreo. Sólo mucho después, cuando ya hacía tiempo que conocía a Bellini, sentí por él cierta atracción. Y esto ocurrió cuando advertí que era noble y bondadoso de carácter. Su alma permaneció pura e inmaculada, inmune a todo contacto asqueroso. Tampoco le faltaba esa bonachonería inocente y ese infantilismo que nunca echamos de menos entre los hombres geniales, aun cuando no se muestren así a todo el mundo.

«Por cierto -prosiguió Maximiliano, sentándose en el sofá, en cuyo respaldo había estado apoyado hasta ahora-, recuerdo un momento en el que descubrí una faceta tan

Librodot

encantadora en la personalidad de Bellini, que me quedé contemplándole con placer y me propuse llegar a conocerlo más de cerca. Pero fue, desgraciadamente, el último momento en que habría de verle en esta vida. Fue una noche, después de haber comido y habernos puesto muy alegres en casa de una gran dama, de la que se dice que tiene los pies más pequeños de todo París[3]; al piano habían sonado las más dulces melodías... Todavía veo al buen Bellini, cuando se dejó caer sobre un sofá, agotado por los muchos y descabellados *bellenismos* que había estado soltando... El sofá era muy bajo, casi como una banqueta, de tal suerte que Bellini vino a parar a los pies de una hermosa dama, la cual, apoltronada frente a él en una butaca, lo miraba de arriba abajo con dulce malicia, mientras que Bellini sudaba la gota gorda, procurando entretenerla con algunas expresiones en francés y viéndose continuamente obligado a comentar en su jerga siciliana lo que acababa de decir, con el objeto de demostrar que no habían sido necedades, sino, por el contrario, las más delicadas lisonjas. Creo que la hermosa dama no hacía mucho caso de las expresiones de Bellini; le había quitado el bastón español, que éste solía utilizar para reforzar su débil retórica, y lo empleaba tranquilamente en despeinar los delicados rizos en las sienes del joven maestro. Esa travesura estuvo acompañada de una sonrisa, que le dio al rostro de la dama una expresión como jamás he visto en faz humana. ¡Nunca se apartará ese rostro de mi memoria! Era uno de esos rostros que más parecen pertenecer al reino onírico de la poesía que a la cruda realidad de la vida; facciones que recordaban a un Leonardo da Vinci: aquel noble rostro ovalado, con los candorosos hoyuelos en las mejillas y la barbilla sentimentalmente puntiaguda de la escuela lombarda. El color, más bien delicado, al estilo romano; un brillo mate de perlas; lividez aristocrática; morbidez.

»En resumen, era un rostro como sólo puede encontrarse en algunos retratos de la vieja escuela italiana, uno de los que represente a una de aquellas grandes damas de las que se enamoraban los artistas italianos del siglo XVI cuando creaban sus obras maestras, en las que pensaban los poetas de aquel tiempo al dedicarles cantos inmortales, y por las que suspiraban los héroes militares alemanes y franceses cuando se ceñían la espada y se lanzaban a través de los Alpes en pos de aventuras... No exagero, no, era un rostro tal, en el que jugueteaba una sonrisa, mezcla de la malicia más dulce y la más noble travesura; y al esbozarla, la hermosa dama despeinaba los rubios rizos del buen Bellini con la punta del bastón español. Y en ese instante me pareció Bellini como tocado por una varita mágica, como transformado en una imagen que me era muy familiar, y lo sentí de repente muy cerca de mi corazón. Su rostro resplandeció en el reflejo de aquella sonrisa; fue quizás el momento más brillante de su vida... Nunca lo olvidaré... Catorce días después leía en el periódico que Italia había perdido a uno de sus más gloriosos hijos.

»¡Qué extraño! Al mismo tiempo fue anunciada también la muerte de Paganini. De esa noticia no dudé ni un momento, pues el viejo y macilento Paganini siempre se veía como un moribundo; pero la muerte del joven y sonrojado Bellini se me antojó increíble. Y sin embargo, la noticia sobre la muerte del primero no era más que un error periodístico; Paganini se encuentra vivo y sano en Génova, y Bellini ¡yace en su tumba en París![4].

[3] Se refiere a Caroline Jaubert, famosa por su salón y por sus pies. Heine la conoció durante un baile en el invierno 1834-1835. En *Souvenirs de madame* C. *Jaubert,* 1879, págs. 288 y s., narra C. J. este encuentro con Heine.

[4] Con esta falsa noticia comenzaba la *Noche primera.* En su borrador, conocido como *Brouillon,* comienza Heine: ¿Sabéis también que ha muerto Paganini?"

Librodot

- ¿Os gusta Paganini? -preguntó María.

- Ese hombre -contestó Maximiliano- es un ornamento para su patria, y merece, en verdad, los más grandes elogios cada vez que se habla de los genios musicales de Italia.

-Nunca lo he visto -apuntó María-, pero si nos atenemos a su fama, su aspecto exterior no ha de satisfacer completamente el ideal de belleza. He visto retratos de él...

-Ninguno de ellos se le parece -dijo Maximiliano, interrumpiéndola-; o lo afean o lo embellecen, pero nunca reflejan su carácter auténtico. Creo que sólo le fue dado a un solo hombre el llevar al papel la fisonomía verdadera de Paganini; se trata de un pintor sordo llamado Lyser[5], quien, en su ingeniosa locura y con pocos trazos de lápiz, supo captar tan bien la cabeza de Paganini, que uno ha de reírse y aterrorizarse al mismo tiempo por la fidelidad del dibujo.

»-El mismo diablo ha guiado mi mano -me dijo el sordo pintor, riéndose a socapa con aire enigmático y cabeceando irónica y bonachonamente, tal como solía hacer durante sus geniales travesuras.

«Ese pintor fue siempre un ser curiosamente extravagante; pese a su sordera, era un apasionado de música, la cual parecía entender cuando se encontraba lo suficientemente cerca de la orquesta, leyendo la música en los rostros de los músicos y juzgando la ejecución, más o menos acertada, por los movimientos de sus dedos; escribía también las críticas de ópera en un prestigioso periódico de Hamburgo. ¿Qué hay de extraño, en realidad, en esto? ¿No hay acaso hombres para los que los tonos mismos no son más que invisibles signaturas en los que oyen colores y figuras?[6].

- ¡Es usted uno de esos hombres! -exclamó María.

- Siento no poseer ya el dibujito de Lyser; quizás le diese una imagen del aspecto exterior de Paganini. Tan sólo en trazos de vivo color negro, velozmente dibujados, pudieron ser plasmados esos rasgos legendarios, que parecen pertenecer antes al reino sulfúreo de las sombras que al mundo animado de las luces.

»- ¡Voto a Dios!, que fue el diablo quien ha guiado mi mano -me juró el sordo pintor, cuando estábamos en Hamburgo ante el Alsterpavillon, el día en que Paganini daba allí su primer concierto-. Pues sí, amigo mío -prosiguió-, es cierto lo que afirma todo el mundo de que ha vendido alma y cuerpo al diablo para llegar a ser el mejor violinista de todos los tiempos, para sacarle millones al violín, y para salir, en primer lugar, de las naves malditas en las que se consumió como galeote durante muchos años. Vea usted lo que ocurrió, amigo: siendo director de orquesta en Lucca, se enamoró de una princesa de teatro, se puso celoso de un religioso cualquiera, a él quizás le pusieron cuernos; apuñaló, como buen italiano, a su infiel amada, fue enviado a galeras en Génova, y, como ya he dicho, vendió finalmente su alma al diablo, para salir de aquello, para llegar a ser el mejor violinista, para poder imponernos a cada uno de nosotros esta noche una contribución de guerra de seis marcos... Pero ¡vea! ¡Hablando del rey de Roma...!, ya ve, ahí viene en persona por la avenida con su sospechoso criado.

[5] John Peter Lyser (1803-1870): durante su última estadía en Hamburgo (1829 a mayo de 1831), antes de partir definitivamente para Francia, Heine entabla amistad con Lyser, quien ilustró el *Harzreise* y *Ratcliff;* hizo también un dibujo para *Noches florentinas.*

[6] Sobre el concepto de "signatura" véase de Benno von Wiese. *Signaturen — Zu Heinrich Heine und seinem Werk,* Berlín, 1976. Para H. es el cuño espiritual que revela la esencia de un hombre, de una obra o de un acontecimiento.

»Y era verdad, era el mismo Paganini al que vi en seguida. Llevaba una levita gris oscura que le llegaba hasta los pies, con lo que su figura parecía ser muy alta. Los largos y negros cabellos, desordenadamente ensortijados, le caían por los hombros, formando un marco oscuro alrededor del pálido y cadavérico rostro, en el que los sinsabores, el genio y el infierno habían dejado su huella indestructible. Junto a él bailoteaba una figurilla agradable, singularmente prosaica, de rostro sonrosado y cubierto de arrugas, vestida de casaquilla gris claro con botones de acero; saludaba a todos lados con cortesía insoportable, pero a veces, también, lleno de temeroso recato, miraba bizqueante hacia la lóbrega figura que caminaba a su lado seria y pensativa. Uno creía ver el grabado de Retzsch, en el que Fausto va a pasear con Wagner ante las puertas de Leipzig[7]. El sordo pintor siguió haciéndome comentarios, a su extravagante modo, sobre las dos figuras, e hizo que me fijara especialmente en el paso largo y acompasado de Paganini.

»-¿No parece acaso -dijo- que llevase todavía entre las piernas la barra de hierro? Se ha acostumbrado para siempre a esa forma de caminar. Fíjese también con qué sarcástica ironía mira a veces de pies a cabeza a su acompañante cuando éste le molesta con sus prosaicas preguntas. Pero no puede prescindir de él, pues un pacto de sangre le une a ese criado, quien no es ningún otro que Satanás. El pueblo inculto piensa que ese acompañante es el escritor de comedias y anécdotas Harrys, de Hannover[8], a quien Paganini lleva en sus viajes para que le atienda sus negocios monetarios en los conciertos. El pueblo no sabe que el diablo sólo se ha tomado prestada del señor Georg Harrys su figura y que la pobre alma de ese pobre hombre se encuentra encerrada mientras tanto, junto con otros cachivaches, en un arcón en Hannover, hasta que el diablo le devuelva su envoltura de carne y acompañe a Paganini por el mundo dentro de una figura más digna, la de un perro de aguas negro, por ejemplo.

»Pero si ya el ver a Paganini, a plena luz del melodía y deambulando bajo los verdes árboles del Jungfernstieg hamburgués, me pareció lo suficientemente mítico y aventurero, ¿cómo no iba a asombrarme en la noche, en el concierto, su apariencia espantosa y bizarra? El teatro de la comedia de Hamburgo fue el escenario de ese concierto; el público aficionado al arte se había reunido ya pronto y en tal número que sólo a duras penas logré conquistar un pequeño lugar cerca de la orquesta. Pese a que era día de correo, vi en los palcos de preferencia a toda la sociedad culta del comercio, a todo un olimpo de banqueros y otros millonarios, a los dioses del café y del azúcar, junto a sus gordas diosas consortes, junos del *Alter Wandrahm* y afroditas del *Dreckwall*[9]. Un silencio sacro imperaba en toda la sala. Cada mirada estaba dirigida al escenario. Toda oreja se preparaba para oír. El hombre que estaba a mi lado, un viejo comerciante en pieles, se quitó de los oídos sus sucios tapones de algodón, para embeberse mejor de los preciosos tonos que pronto sonarían y que le habían costado seis marcos de entrada. Y finalmente, en el escenario, apareció una figura lúgubre, que parecía haber ascendido de los infiernos. Era Paganini, en su negro traje de gala. El frac negro y el chaleco negro eran de un corte horrible, como quizás prescribiera la etiqueta infernal en la corte de Proserpina. Los negros pantalones se bamboleaban miedosamente en sus famélicas

[7] Moritz Retzsch (1779-1857) ilustró el *Fausto* con preciosos grabados. Se refiere aquí al paseo en el día de Pascua de Resurrección. Allí se le apareció a Fausto el famoso perro de aguas, fuente de nueva alusión en boca del pintor sordo.

[8] G. H. (1780-1838) fue secretario de Paganini; a partir de 1830 edita en Hannover *Pousane, Überlieferungen aus dem Auslande.*

[9] Calles de Hamburgo.

Librodot

piernas. Los largos brazos parecían haberse alargado más todavía, cuando con una mano en el violín y otra en el arco, los mantuvo colindo hasta casi tocar el suelo, mientras le daba al público una demostración de su capacidad de ejecutar reverencias inauditas. En las torpes contorsiones de su cuerpo había un envaramiento espantoso y algo de bufonesco y animal al mismo tiempo, que no podía menos de producirnos unas ganas espantosas de reír; pero su rostro, de una blancura aún más cadavérica debido a la brillante iluminación del escenario, tenía un no sé qué tan implorante, se veía tan estúpidamente humillado, que nuestras risas incipientes eran reprimidas por la tremenda compasión que despertaba. ¿Aprendió esas formas de cortesía de un autómata o de un perro? Esa mirada suplicante ¿era la de un enfermo condenado a muerte o acechaba detrás el sarcasmo de un avaro astuto? ¿Se trataba de un ser vivo dispuesto a morir, y que en la arena del arte, cual gladiador agonizante, ha de divertir al público con sus contorsiones? ¿O era un muerto salido de su tumba, un vampiro con violín, que si no habría de sacarnos la sangre del corazón, en todo caso nos habría de chupar el dinero de los bolsillos?

«Tales preguntas pasaban por nuestras mentes mientras Paganini ejecutaba sus interminables cumplidos; pero todo ese tipo de pensamientos enmudecieron inmediatamente cuando ese maestro maravilloso se llevó el violín a la mandíbula y comenzó a tocar. En lo que a mí respecta, de sobra conoce usted mi segunda cara musical, mi capacidad de ver la figura melódica adecuada en cada tono que escucho; y así fue como Paganini, con cada golpe de su arco, me presentaba también ante mis ojos figuras y situaciones visibles, contándome así, con un alfabeto de tonalidades, todo tipo de historias centelleantes, exorcizando ante mí un colorido juego de espectros, en el que él mismo desempeñaba el papel principal con el violín. Ya con la primera arqueada cambió el escenario en torno suyo; se encontraba de repente, sobre su pedestal, en un cuarto alegre, graciosa y desordenadamente decorado, con muebles de arabescos al estilo Pompadour; por doquier había espejitos, cupidos dorados, porcelanas chinas, un caos de lo más encantador compuesto por cintas y guirnaldas de flores, guantes blancos, blondas desgarradas, perlas artificiales, diademas de oro batido y otras divinas fruslerías como las que uno suele encontrar en el camerino de una prima dona. El aspecto de Paganini también había cambiado, y de la manera más ventajosa; llevaba pantalones cortos de satén lila, un chaleco blanco bordado en plata, una levita de terciopelo azul claro con botones rebordados en oro; los cabellos, cuidadosamente peinados en pequeños rizos, rodeaban su rostro, que brillaba rejuvenecido y sonrosado, radiante de dulce ternura al hacerle guiños a la preciosa damisela que estaba cerca de él, al lado del atril, mientras tocaba el violín[10].

«Efectivamente, a su lado divisé a una hermosa y joven criatura, ataviada a la usanza antigua con un vestido de satén blanco abombado a partir de las caderas, lo que hacía resaltar aún con más encanto su estrecho talle; los cabellos los llevaba empolvados y recogidos hacia arriba, así que su precioso rostro redondo se destacaba resplandeciente con tanta más libertad, con sus ojos chispeantes, sus mejillas untadas de colorete, sus lunarcillos y su naricilla de una impertinencia deliciosa. En las manos tenía un rollo de papel blanco, y tanto por los movimientos de sus labios como por el balanceo coquetón

[10] En toda esta escena se refleja, efectivamente, un aspecto de la sicología de Heine: junto a su aversión por el ruido, tenía, ya desde niño, una sensibilidad extrema que le hacía percibir con violencia inusitada la musicalidad de tonos y palabras. De joven, exaltado al recitar unos versos de Schiller en una fiesta de su liceo, se desmayó al ver aparecer entre el público a una hermosa niña.

de su busto, parecía cantar; pero yo no percibía ninguno de sus quiebros; tan sólo por la música de violín con la que el joven Paganini acompañaba a la excelsa niña, deduje lo que ella cantaba y lo que él mismo sentía al escucharla. ¡Oh, eran melodías como las que entona el ruiseñor al atardecer, cuando el perfume de las rosas le embriaga de añoranza, haciéndole presentir en su pecho el advenimiento de la primavera! ¡Oh, era una bienaventuranza cadenciosa, lánguida y sensual! Eran tonalidades que se besaban, para volar luego juntas aparentando enfado, abrazándose finalmente entre risas, fundiéndose en una sola, para perecer finalmente en la embriaguez de la unión. Sí, eso era, esas tonalidades ejecutaban un animado juego, tal mariposas, cuando una esquiva graciosamente la otra y se oculta tras una flor, hasta que es descubierta y vuelve a unirse a ella, turbada de felicidad, para perderse en su compañía en la dorada luz del sol. Pero una araña, una araña negra, puede depararles a las mariposas enamoradas un destino súbitamente fatal. ¿Intuía algo así el joven corazón? Un tono melancólico y lastimero, cual presentimiento de una desgracia cercana, se fue introduciendo quedamente entre las melodías deliciosas que emanaban fulgurantes del violín de Paganini... Sus ojos se humedecieron... Se arrodilló suplicante ante su amada... Mas, ¡ay!, al inclinarse para besarle los pies, ¡descubrió a un cleriguillo bajo la cama! No sé lo que pudo sentir en contra de aquel hombre, pero nuestro genovés se puso lívido como la muerte, cogió a la pequeña con manos que le temblaban de cólera, le dio de bofetadas, la pateó sin misericordia, hasta la arrojó por la puerta; se sacó entonces un largo puñal del bolsillo y lo clavó en el pecho de la hermosa joven...

»Pero en ese mismo momento atronó por todas partes: *¡Bravo! ¡Bravo!* Las mujeres y los hombres de Hamburgo, entusiasmados, rendían tributo al gran artista con una de sus más apoteósicas ovaciones; éste, quien había terminado la primera parte de su concierto, hacía más inclinaciones y contorsiones que antes. Me parecía como si su rostro reflejara una humildad aún más suplicante que al comienzo. En sus ojos estaba congelada una mirada de terrible miedo, como la de un pecador.

«-¡Sublime! -exclamó el hombre a mi lado, el comerciante en pieles, mientras se rascaba las orejas-, tan sólo esta parte valía los seis marcos.

«Cuando Paganini comenzó a tocar de nuevo, sentí tinieblas ante mis ojos. Los tonos no se transformaban en formas y colores brillantes; la figura del maestro se ocultaba más bien en oscuras sombras, de cuya tenebrosidad salía incisiva su música con los tonos más profundamente lastimeros. Tan sólo de vez en cuando caía sobre él la mortecina luz de la lamparita que estaba encima, y entonces veía su pálido rostro en el que todavía no había desaparecido totalmente la juventud. Su traje era muy extraño, dividido en dos colores, de los que el uno era amarillo y el otro rojo. En los pies llevaba pesadas cadenas. Detrás de él se movía un rostro, cuya fisonomía hacía pensar en un alegre macho cabrío; a ratos veía unas manos largas y peludas, que parecían pertenecer a aquel ser, posándose auxiliantes en las cuerdas del violín que tocaba Paganini. A veces conducían también la mano en la que sostenía el arco, y una trémula risa de aplauso acompañaba entonces a los tonos, que salían del violín cada vez más dolorosos y sangrantes. Eran tonos parecidos al canto de aquellos ángeles caídos, quienes habían fornicado con las hijas de la tierra quienes, expulsados del reino de los bienaventurados, descendían a los avernos con los rostros encendidos de vergüenza. Eran tonos en cuyo insondable abismo no brillaban ni el consuelo ni la esperanza. Cuando los santos en el cielo escuchan tales tonos, sus labios se ponen lívidos, enmudecen en ellos las alabanzas al Señor y ocultan entre llantos sus piadosas cabezas. A veces, cuando en las torturas melódicas de aquella música se

mezclaba, balante, la obligada risa del macho cabrío, divisaba también al fondo una multitud de figurillas femeninas que movían con alegría perversa sus cabezas desagradables, rascándoselas con los dedos cruzados, en medio de una malicia burlesca. Del violín surgían entonces tonos de miedo, suspiros desgarrantes y un sollozar como nunca se había oído sobre la tierra y como probablemente no vuelva a ser escuchado nunca más, a menos que lo sea en el valle de Josafat, cuando retumben las trompetas gigantescas del Juicio Final y los cadáveres desnudos salgan de sus tumbas para ir a entregarse a sus destinos... Pero el atormentado violinista golpeó súbitamente con el arco, de una manera tan demente y desesperada que sus cadenas se partieron rápidamente en dos y desapareció su terrible ayudante junto con todo el séquito de demonios maldicientes.

»En ese momento dijo el hombre a mi lado, el comerciante en pieles:

»- ¡Qué lástima, qué lástima, una cuerda se ha roto; eso se debe a ese continuo *pizzicato*!

»¿Se había roto realmente la cuerda del violín? No lo sé. Observé únicamente la transfiguración de los tonos, y entonces me pareció que Paganini y su entorno se habían transformado de nuevo súbitamente. Apenas podía reconocerlo en su hábito de monje de color pardo, que más le ocultaba que vestía. Con una expresión casi salvaje en el rostro medio cubierto por la capucha, un cordón a la cintura, descalzo, cual terca figura solitaria, se encontraba Paganini en un morro rocoso sobre el mar y tocaba el violín. Era, como me pareció, la hora del atardecer; el albor vespertino se extendía sobre las vastas aguas del mar, que se teñía de un rojo cada vez más intenso; el oleaje rugía con creciente solemnidad, en secreta armonía con los tonos del violín. Pero cuanto más rojo se tornaba el mar, más palidecía el cielo, y cuando finalmente las ondulantes aguas parecían un gran charco de sangre de un brillante escarlata, el cielo, arriba, tenía una clareza espectral, una blancura cadavérica, y grandes y amenazantes resaltaban en él las estrellas..., y esas estrellas eran negras, negras como carbones relucientes. Pero los tonos del violín se hicieron cada vez más apasionados y juguetones, en los ojos del terrible violinista brilló un deseo mordaz de destrucción y sus labios delgados se movieron con una precipitación tan escalofriante que parecía como si murmurase conjuros antiguos y perversos, con los que desataba la tormenta y desencadenaba a aquellos espíritus malignos que se encuentran prisioneros en las profundidades del mar. A veces, cuando sacaba el largo y delgado brazo desnudo de la holgada manga del hábito y cortaba el aire con el arco de su violín, parecía realmente un hechicero conjurando los elementos con su varita mágica, y se oían entonces rugidos salvajes desde las profundidades del mar y las airadas olas de sangre saltaban con tal violencia a las alturas, que casi salpicaban con su roja espuma al pálido techo del cielo y a las estrellas negras.

»Y allí era el bramar y el rugir y el retumbar, como si el mundo fuera a desplomarse y a saltar en pedazos, y el monje tocaba con mayor obsesión aún su violín. Mediante el poder de su furiosa voluntad, pretendía romper los siete sellos con los que precintara Salomón las ollas de hierro tras haber encerrado en ellas a los demonios vencidos. El sabio Salomón había hundido aquellas ollas en el mar, y eran precisamente las voces de los espíritus prisioneros las que yo creía percibir mientras Paganini arrancaba al violín los más enfurecidos tonos bajos. Y finalmente creí oír exclamaciones de alegría por la liberación, y de las rojas olas de sangre vi salir las cabezas de los demonios desencadenados; monstruos de fealdad increíble, cocodrilos con alas de murciélago, serpientes con cornamentas de ciervo, monos con conchas marinas en la cabeza, focas de

largas barbas patriarcales, rostros de mujeres con pechos en el lugar de los carrillos, verdes cabezas de camello, híbridas criaturas de la más inconcebible configuración; todos, con sus ojos fríos y astutos y sus largas garras como aletas, mirando tratando de agarrar al monje violinista... Pero a éste, en su furioso celo por conjurar, se le cayó la capucha hacia atrás, y los ensortijados cabellos, flotando al viento, le rodearon la cabeza como serpientes negras.

«Aquella visión era tan desconcertante que tuve que taparme los oídos y cerrar los ojos para no enloquecer. Y entonces desapareció el aquelarre, y al mirar de nuevo vi al pobre genovés en su figura habitual y haciendo sus habituales cumplidos mientras el público aplaudía completamente emocionado.

«-¡Conque ésta es la famosa ejecución en clave de sol! -apuntó el hombre a mi lado-; yo mismo toco el violín y sé lo que significa dominar ese instrumento de tal manera...

»Por suerte no fue la pausa demasiado larga, pues de lo contrario el musical entendido en pieles me hubiese encharcado seguramente en una larga conversación sobre arte. Paganini se llevó de nuevo serenamente el violín al mentón, y con el primer golpe de su arco comenzó también de nuevo la transfiguración maravillosa de los tonos. Pero esta vez no configuraron con tanta determinación de colores y cuerpos. Los tonos fueron evolucionando lentamente ondeando y aumentando de manera majestuosa, como en un coro con acompañamiento de órgano en una catedral; y todo en derredor suyo se había ensanchado y profundizado hasta convertirse en una sala colosal, como las que no puede abarcar el ojo corporal, sino tan sólo los ojos del espíritu. En el medio de esa sala flotaba una esfera brillante sobre la que estaba, gigante y orgulloso, un hombre que tocaba el violín. ¿Era esa esfera el sol? No lo sé. Pero en los rostros del hombre reconocí a Paganini, sólo que idealmente embellecido, de un esclarecimiento celestial y sonriendo en un gran afán de reconciliación. Su cuerpo rezumaba virilidad hercúlea, una vestidura de color azul claro cubría sus excelsos músculos, por sus hombros caía, en resplandecientes bucles, el negro cabello; y tal como estaba ahí, firme y seguro, cual imagen majestuosa de la divinidad, tocando el violín, parecía como si toda la creación estuviese escuchando sus notas. Era el hombre hecho planeta, alrededor del cual giraba el universo, con solemnidad acompasada y entonando ritmos celestiales. Esos grandes luminares, que tan serenamente brillaban flotando en torno a él, ¿eran las estrellas del firmamento?; y aquella sonora armonía que surgía de sus movimientos, ¿era el canto de las esferas, de los que poetas y clarividentes han sabido contarnos tantas y deliciosas cosas?[11]. A veces, cuando me esforzaba por mirar hacia la crepuscular lejanía, creía ver un sinfín de vestiduras blancas en romería, en las que venían deambulando peregrinos colosales embozados, con cayados blancos en las manos y, ¡cosa extraña!, los dorados puños de aquellos cayados eran luminares grandes que yo había tomado por estrellas. Los peregrinos, trazando un amplio círculo, iban caminando alrededor del gran músico; los tonos de su violín sacaban destellos cada vez más brillantes de los dorados pomos de sus

[11] El lector no se equivocará si ve aquí una nueva alusión crítica e irónica a Goethe. Con el *canto de las esferas (Sphärengesang)* se está refiriendo claramente al "Prólogo en el cielo" del *Fausto.* Sería inundar esta traducción de notas el ir señalando tales alusiones a Goethe. La figura del tambor Le Grand, por ejemplo, contrasta claramente con el distinguido oficial francés de *Dichtung* und *Wahrheit:* el soldadote inculto, que le toca al joven Heine la marcha roja de la guillotina hasta que éste aprende a ver y oír la revolución de los pueblos. De sobra son conocidas —aun cuando hayan querido ser ocultadas— las divergencias entre Heine y Goethe, a quien llamó, entre otras cosas, "siervo de la aristocracia".

cayados; y los cantos corales, que salían de sus labios y que yo había tomado por el canto de las esferas, eran sólo en realidad el eco apagado de aquellas notas del violín.

»Un santo e inefable fervor anidaba en aquellos sonidos, que temblaban a veces apenas audibles, como susurros misteriosos del agua, para aumentar luego, dulce y agriamente, como lamentos de cuerno bajo el claro de luna, finalizando entonces en un júbilo desenfrenado, como si miles de bardos tocasen las cuerdas de sus arpas y elevasen sus voces en un cántico triunfal. Eran sonidos como los que el oído nunca oye, como sólo puede soñar el razón cuando descansa en las noches junto al pecho de la amada. Quizás los entienda también el alma a plena luz del día, cuando se sume jubilosa en la contemplación de las hermosas líneas y curvas una obra de arte griego...

- ¡O cuando se ha tomado una botella de champaña de más! -se escuchó como decía una voz entre risas, que despertó a nuestro narrador como de un sueño. Cuando éste se volvió, divisó al doctor, quien había entrado muy silenciosamente al cuarto, en compañía de la morena Débora, para informarse qué efecto había tenido su medicina sobre la enferma.

- Ese sueño no me gusta -dijo el médico, señalando hacia el sofá.

Maximiliano, quien, sumido en las visiones de propio discurso, no se había dado cuenta de que María se había quedado dormida hacía ya mucho tiempo, se mordió contrariado los labios. -Ese sueño -prosiguió el médico- le da ya a rostro todo el carácter de la muerte. ¿No se ve ya como esas máscaras blancas, esos vaciados en yeso en los que tratamos de retener los rasgos del difunto?

- Quisiera -le susurró Maximiliano al oído- conservar una mascarilla así de la faz de nuestra amiga, también de muerta será aún muy hermosa. -No se lo aconsejo -le replicó el médico-. Tales mascarillas nos estropean el recuerdo de nuestros seres queridos. Pensamos que en esos yesos se encuentra todavía algo de sus vidas, y lo que ahí tenemos guardado no es, en realidad, más que la muerte misma. Los rasgos bellos y armoniosos adquieren ahí algo espantosamente rígido, macabro, fatal, por lo que más nos asustan que alegran. Pero los que resultan ser caricaturas auténticas son los vaciados en yeso de aquellos rostros cuyo encanto era más de una naturaleza espiritual, cuyos rasgos eran menos perfectos que interesantes; pues en lo que las gracias de la vida se extinguen en ellos, las diferencias reales con respecto a las líneas ideales de belleza ya no se verán compensadas por estímulos espirituales. Todos esos rostros de yeso tienen en común un cierto carácter enigmático, que tras larga contemplación, nos congelan el alma de la manera más triste; todos se ven como personas que se aprestan a emprender un duro camino.

-¿Hacia dónde? -preguntó Maximiliano, al tiempo que el médico lo cogía de un brazo y lo sacaba de la alcoba.

Librodot

NOCHE SEGUNDA

- ¿Por qué se empeña en torturarme encima con esa medicina horrible, si he de morir muy pronto de todas formas?

Era María quien acababa de pronunciar esas palabras en el momento en que Maximiliano entraba al cuarto. Frente a ella se encontraba el médico, sosteniendo en una mano un frasquito de medicina, en la otra un vasito en el que burbujeaba asquerosamente un líquido pardusco.

- ¡Mi estimado amigo! -exclamó éste, dirigiéndose al que acababa de entrar-. Su presencia me resulta ahora muy grata. Intente convencer, por favor, a la señora, para que se tome tan sólo estas pocas gotas; tengo prisa.

- ¡Se lo suplico, María! -imploró casi en murmullos Maximiliano, utilizando un suave tono de voz que no era muy frecuente en él y que parecía ir de un alma tan herida, que la enferma, extrañamente emocionada, llegó a olvidar casi su propio padecer y cogió el vaso en sus manos; pero antes llevárselo a los labios, dijo sonriente:

- ¿No es verdad que como recompensa me contará todavía la historia de Laurencia?

- ¡Todo cuanto desee será cumplido! -repuso Maximiliano, inclinando la cabeza en señal de aprobación.

La pálida mujer apuró entonces el contenido del vaso, entre sonrisas y estremecimientos.

- Tengo prisa -dijo el médico, poniéndose sus guantes negros-. Acuéstese tranquilamente, señora, y muévase lo menos posible. Tengo prisa.

Acompañado por la morena Débora, que le iba alumbrando, dejó el recinto. Cuando los dos amigos quedaron solos, se miraron largamente en silencio. En ambas almas surgían pensamientos, que ellos trataban de ocultarse mutuamente. Pero la mujer cogió de súbito la mano del hombre y la cubrió de ardientes besos.

- ¡Por el amor de Dios! -exclamó Maximiliano-. No se mueva con tanta violencia y échese de nuevo tranquila en el sofá.

Cuando María hubo cumplido ese deseo, le cubrió muy cuidadosamente los pies con el chal al que había acercado antes sus labios. Ella pareció haberse dado cuenta de esto, pues hizo complacientes guiños con los ojos, como un niño feliz.

- ¿Era muy hermosa la señorita Lucrecia?

-Si no me interrumpe, mi querida amiga, y me promete escuchar completamente callada y tranquila, le contaré detalladamente todo cuanto desea saber.

Respondiendo con una sonrisa cariñosa a la mirada afirmativa de María, sentóse Maximiliano en el sillón frente al sofá y comenzó su narración de la siguiente manera:

- Hará unos ocho años que viajé a Londres para conocer allí lengua y pueblo. ¡Que el diablo se lleve a ese pueblo junto con su lengua! Se meten en la boca una docena de monosílabos, los mastican, los aplastan, los escupen, ¡y a eso le llaman hablar! Por suerte son bastante callados por naturaleza, y aun cuando siempre se nos quedan mirando con la boca abierta, nos dejan en paz, empero, con largas conversaciones. Pero pobres de nosotros si caemos en las manos de un hijo de Albión que haya realizado el gran viaje y

haya aprendido el francés en el continente. Este querrá aprovechar la oportunidad para ejercitar los conocimientos idiomáticos adquiridos y nos bombardeará con preguntas sobre todos los temas habidos y por haber, y apenas habremos dado respuesta a una pregunta, cuando ya nos tendrá preparada una nueva, bien sobre nuestra edad o sobre la patria de origen o sobre la duración de nuestra estadía, y con estas inquisiciones inacabables creerá habernos entretenido de la mejor manera posible. Quizás tuviese razón uno de mis amigos en París al afirmar que los ingleses aprenden a hablar francés en la oficina expendedora de pasaportes. De más provechosa es su conversación a la mesa, cuando trinchan sus rosbifes colosales y nos preguntan con el más serio de los semblantes qué trozo preferimos, si muy asado o poco, si del medio o la costra dorada, si con grasa o magro. Esos rosbifes y sus asados de cordero son, sin embargo, todo cuanto tienen de bueno. Que el cielo proteja a todo en cristiano de sus salsas, las que están compuestas de una tercera parte de harina y dos de mantequilla, o bien que se trate de conseguir una variación en la mezcla, de una tercera parte de mantequilla y dos de harina. Y que el cielo lo guarde también de sus pobres verduras, que son cocidas y hervidas tal como Dios las creó.

«Más espantosos aún que la cocina inglesa son sus brindis y sus obligados discursos cuando es levantada la mesa y las damas se retiran, y en lugar de a éstas se les trae la misma cantidad de botellas Oporto, pues con estas últimas creen reemplazar la mejor manera la ausencia del bello sexo. Digo sexo bello, pues las inglesas se merecen ese calificativo. Son mujeres hermosas, blancas y delgadas. Sólo ese espacio demasiado ancho entre la nariz y boca, tan frecuente en ellas como entre los ingleses, me ha echado a perder con frecuencia en Inglaterra el disfrute de contemplar rostros hermosos. Esta discordancia con respecto al ideal de belleza tiene en mí efectos aún más tremendos cuando veo a ingleses aquí en Italia, donde sus narices, mezquinamente construidas, y la ancha superficie de carne que se alarga por debajo hasta las bocas, forman un contraste tanto más pronunciado con los rostros de los italianos, cuyos rasgos son más bien de una armonía clásica, y cuyas narices, o bien arqueadas como las romanas o rectas como las griegas, tienen por lo común la tendencia a ser demasiado largas. Muy justa es la observación de un viajero alemán de que los ingleses, cuando pasean aquí entre los italianos, parecen todos como estatuas a las que se les hubiese arrancado de un golpe la punta de la nariz.

»Y es cierto, cuando uno se tropieza con ingleses en un país extranjero, puede observar, por el contraste, cómo resaltan claramente sus defectos. Son los reyes del aburrimiento, viajando por todos los países en relucientes coches de posta especiales y dejando por doquier detrás de sí una nube grisácea de polvo envuelta en tristeza. A ello se añade su curiosidad sin interés, su chabacanería emperifollada, su impertinente timidez, su torpe egoísmo y su sosa alegría por todas las cosas melancólicas. Ya irá para tres semanas que se ve aquí diariamente en la Piazza di Gran Duca a un inglés que se pasa horas enteras con la boca abierta, contemplando a aquel charlatán que, a caballo, le arranca las muelas a las gentes. Quizás ese espectáculo le sirva de indemnización a ese noble hijo de Albión por las ejecuciones que se está perdiendo en su querida patria... Pues junto al boxeo y a las peleas de gallos, no existe espectáculo más delicioso para un británico que la agonía de algún pobre diablo que haya robado una oveja o haya falsificado una firma y que sea expuesto, con una soga al cuello, una hora larga, en la

fachada del Old Bailey[12], antes de ser lanzado a la eternidad. No exagero al decir que el robo de ovejas y la falsificación son castigados en ese país asquerosamente cruel al igual que los crímenes más espantosos, al igual que el parricidio y que el incesto. Yo mismo, conducido por una triste casualidad, llegué a ver en Londres a un hombre ahorcado por haber robado una oveja, y perdí desde entonces todo apetito por el cordero asado; la grasa me recuerda siempre la gorra blanca del pobre pecador. A su lado colgaba un irlandés que había falsificado la firma de un rico banquero; veo todavía ante mí la inocente expresión de miedo cerval de aquel pobre hombre que no pudo comprender ante los jueces que se le castigara de una manera tan dura por la imitación de una firma cuando él le había permitido a toda criatura humana falsificar la suya. Y ese pueblo habla continuamente de cristianismo, no se pierde ni una misa los domingos e inunda de biblias al mundo entero.

«Quiero confesarle, María, que el hecho de que no haya podido tragar nada en Inglaterra, ni a los hombres ni la cocina, tenía también sus razones en parte en mí mismo. Me llevé allí de la patria unas buenas provisiones de mal humor, y busqué distracción en un pueblo que sólo sabe combatir su aburrimiento en el ajetreo de las actividades políticas y mercantiles. La perfección de las máquinas, utilizadas allí por doquier y que de tanto trabajo humano se hacen cargo, tenía igualmente para mí algo inquietante. Esos engranajes artificiales de ruedas, barras, cilindros y miles de pequeños ganchitos, clavijas y dientes, moviéndose casi con auténtico apasionamiento, me llenaban de terror. La determinación, la exactitud, la coordinación y la puntualidad en la vida de los ingleses no me aterrorizaban menos; pues al igual que las máquinas en Inglaterra se nos antojan hombres, los hombres nos parecen allí máquinas. Y es que la madera, el hierro y el cobre parecen haber usurpado allí el espíritu de hombres, llegando casi a la locura por tanta plenitud espiritual; mientras que el hombre desespiritualizado, cual fantasma huero, realiza maquinalmente sus negocios cotidianos, comiendo su bistec a la hora determinada, o pronunciando un discurso en el Parlamento, o limpiándose las uñas, o montándose en la diligencia, o ahorcándose.

»Puede imaginarse muy bien cómo aumentaba diariamente mi desazón en ese país. Pero nada se asemeja a los negros pensamientos que me asaltaron cuando en cierta ocasión, ya al atardecer, me encontré en el puente de Waterloo y miré hacia las aguas del Támesis. Era como si en ellas se reflejase mi alma, como si me mirase desde el agua con todas sus cicatrices... Y las historias más penosas me pasaron entonces por la mente... Pensé en la rosa que había sido regada siempre con vinagre, con lo que perdió su dulce aroma y marchitó antes de tiempo... Pensé en la mariposa extraviada, volando en una soledad absoluta entre paredes de hielo, tal como la vio un naturista al escalar el Montblanc... Pensé en la mona mansa, tan amiga de los hombres, que con ellos jugaba y con ellos comía, hasta que un día, a la mesa, en el asado que estaba en la fuente, reconoció a su propio monito, y lo cogió precipitadamente, yéndose con él a la selva, para no volver a dejarse ver por sus amigos, los humanos... ¡Ay!, me sentía tan alicaído, que las ardientes gotas brotaron violentamente de mis ojos... Cayeron al Támesis y nadaron hasta el mar, ¡que tantas lágrimas humanas se ha tragado sin darse cuenta!

»En aquel preciso momento sucedió que una música extraña me despertó de mis oscuros sueños, y cuando miré en derredor mío, descubrí en la orilla a un grupo de

[12] Se trata de la prisión de Newgate en Londres, denominada así por el nombre de la calle. Heine le dedica todo un capítulo, el V, en sus *Englische Fragmente,* 1828. En general, en la "Noche segunda" se observa más el carácter autobiográfico del relato.

hombres que parecían haber formado un corro en torno a algún espectáculo divertido. Me acerqué y vi a un grupo de titiriteros, compuesto por las cuatro personas siguientes:

«Primera: una mujercilla regordeta, completamente vestida de negro, con una cabeza muy pequeña y un vientre poderosamente abultado y gordísimo. Sobre esa panza llevaba un tambor gigantesco, que golpeaba sin compasión.

«Segunda: un enano, en traje bordado como un viejo marqués francés y con una gran peluca empolvada en la cabeza, pero, por lo demás, de miembros escuálidos y diminutos, y que, danzando de un lado para otro, hería el triángulo.

«Tercera: una chica de unos quince años, que llevaba una chaquetilla corta muy ajustada, hecha de seda con franjas azules, y unos pantalones amplios del mismo material. Era una figura etérea y graciosa. El rostro era de una belleza griega; la nariz, noble y perfilada; los labios, deliciosamente abultados; la barbilla, de una suave redondez ensoñadora; su cutis tenía el color del sol y los cabellos, de un negro reluciente, los tenía trenzados alrededor de las sienes. Estaba de pie, esbelta y seria, casi enfadada, mirando a la cuarta persona del grupo, la cual ejecutaba en aquellos momentos su número artístico.

»Esa cuarta persona era un perro sabio, un perro de aguas muy prometedor, quien, para gran regocijo del público inglés, acababa de componer, con las letras de madera que le habían dado, el nombre de lord Wellington, añadiéndole un calificativo muy lisonjero, a saber: el de *héroe*. Y como quiera que el perro, por lo que podía deducirse de su inteligente aspecto, no era una bestia inglesa, sino que, al igual que las otras tres personas, había venido de Francia, los hijos de Albión se alegraron de que su gran comandante en jefe alcanzase al menos entre los perros franceses ese reconocimiento que le era negado, de manera tan ignominiosa, por las demás criaturas en Francia.

«Efectivamente, ese grupo estaba compuesto por franceses, y el enano, quien se presentó acto seguido como monsieur Tirlití, comenzó a fanfarronear en lengua francesa y con tanto apasionamiento de ademanes, que los pobres ingleses tuvieron que abrir bocas y narices con más amplitud de lo que es común en ellos. A veces, tras haber soltado una larga parrafada, se ponía a cantar como un gallo, y esos quiquiriquíes, así como los nombres de muchos emperadores, reyes y príncipes, que mezclaba en su discurso, eran lo único que entendían los pobres espectadores. A esos emperadores, reyes y príncipes les alababa como a sus mecenas y amigos. Ya de niño, a la edad de ocho años como él aseguró, había tenido una larga conversación con su muy divina majestad Luis XVI, quien también después, en casos de gran importancia, solía pedirle consejo. Logró soslayar, huyendo, las tempestades de la revolución, al igual que muchos otros, y sólo regresó a la patria querida bajo el imperio, para participar de la gloria de la gran nación. Napoleón, dijo, nunca le había otorgado sus favores, mas, por el contrario, Su Santidad, el Papa Pío VII, casi lo había divinizado. El emperador Alejandro le daba bombones, y la princesa Wilhelm von Kyritz lo colocaba siempre en su regazo. Que sí, aseguró, que desde su niñez sólo había vivido entre soberanos, que todos los monarcas actuales habían crecido junto a él, y que los consideraba como a los suyos, de ahí que llevase luto cada vez que uno de ellos ofrendaba su alma a Dios. Y después de esas graves palabras cantaba como un gallo.

»El señor Tirlití era, en verdad, uno de los enanos más curiosos que he visto nunca; su rostro viejo y arrugado contrastaba de la manera más graciosa con su delgado cuerpecillo infantil, así como toda su persona ofrecía el más divertido de los contrastes con los números que ejecutaba. Adoptaba, en verdad, las posiciones más audaces, y con

una espada negra de dimensiones descomunales cortaba el aire a diestro y a siniestro, mientras juraba continuamente por su honor que no había nadie en el mundo que pudiese parar esa cuarta o esa tercia y que, por el contrario, ningún mortal podía penetrar su defensa, y retaba a cada uno del público a medirse con él en el noble arte de la esgrima. Después de que el enano hubo ejecutado así su número durante un tiempo, sin haber encontrado a nadie decidido a entablar con él lucha abierta, se inclinó con vieja gracia francesa, dio las gracias por el aplauso y se tomó la libertad de anunciar ante el distinguidísimo público el espectáculo más extraordinario que hubiese sido admirado nunca en suelo inglés.

»-¡Vean a esa persona -exclamó, tras haberse puesto unos sucios guantes de cabritilla y haber conducido, con respetuosa galantería, hasta el medio del círculo a la jovencita que formaba parte del grupo-, esa persona es mademoiselle Laurence, la única hija de esa honorable y cristiana dama que ven ahí con el gran tambor y que todavía lleva luto por la pérdida de su amadísimo esposo, el mayor ventrílocuo de Europa!

»Y tras estas palabras cantó de nuevo como un gallo.

»La joven no parecía prestar la más mínima atención ni al discurso de su presentador ni a las miradas del público; permaneció malhumorada y sumida en sí misma hasta que el enano extendió una gran alfombra a sus pies y se puso de nuevo a tocar su triángulo en compañía del enorme tambor. Era una música extraña, una mezcla de torpe refunfuño y de cosquilleo voluptuoso, y yo percibí una melodía extravagante y patética, melancólica y galantemente desvergonzada, pero de una sencillez extraordinaria. Mas pronto olvidé esa música cuando la joven se puso a bailar.

«Baile y bailarina acapararon, casi con violencia, toda mi atención. No era la danza clásica que encontramos todavía en nuestros grandes bailetes, donde, al igual que en las tragedias clásicas, sólo predominan detalles y amaneramientos aislados; no eran esos alejandrinos bailados ni esos saltos declamatorios, ni esas piruetas antitéticas, ni esa noble pasión que se ejecuta en torbellinos sobre un pie, con lo que no se ve más que cielo y traje de malla, ¡nada más que idealidad y mentira! No hay nada le me resulte tan desagradable como el *ballet* de la gran ópera de París, donde se ha mantenido de forma más pura la tradición del baile clásico, mientras que los franceses, en las demás artes, en poesía, en la música y en la pintura, han arrojado por la borda a todo el sistema clásico. Pero les resultará muy difícil realizar una revolución similar el arte de la danza, a menos que, al igual que en la revolución política, recurran aquí al terrorismo y conduzcan a la guillotina las piernas de las bailarinas y bailarines anquilosados del viejo régimen. La señorita Laurence no era una gran bailarina, las puntas de sus pies no eran muy ligeras, sus piernas estaban ejercitadas en toda clase de contorsiones, no entendía nada del arte de la danza tal como lo enseña Vestris, pero bailaba como la naturaleza ordena bailar a los hombres; todo su ser iba al unísono con su paso, no sólo sus pies, también bailaba todo su cuerpo, bailaba su rostro..., a veces se ponía pálida, casi como un cadáver, sus ojos se abrían desmesuradamente con aire fantasmal, la avidez y el dolor temblaban en sus labios, sus cabellos negros, que cercaban ovalados sus sienes, se movían como alas temblorosas de cuervo. No era, de hecho, una danza clásica, pero tampoco un baile romántico tal como lo definiría un joven francés de la escuela de Eugène Renduel[13]. No

[13] Pierre Eugène Renduel (1798-1874) fue el editor principal de los escritores románticos (Hugo, Gautier, Musset, Gèrard de Nerval...), también de Heine.

tenía esa danza ni un aire medieval ni veneciano, ni escabroso ni macabro, en ella no había ni claro de luna ni incesto...

«Era un baile que no pretendía entretener mediante formas exteriores de movimiento, sino que más bien estas formas parecían ser palabras de un idioma especial que quería decir algo especial. Pero ¿qué decía esa danza? No podía entenderlo, por muy apasionadas que fueran las gesticulaciones de ese idioma. Sólo intuía a veces que se hablaba de algo cruelmente doloroso. Yo, que suelo comprender tan fácilmente las signaturas de todos los fenómenos, no podía, sin embargo, descifrar esa adivinanza bailada, y el hecho de que tratase siempre de buscar el sentido de la misma es algo de lo que era culpable la música, la que me conducía, a todas luces, intencionadamente por errados senderos, tratando de engañarme con artimañas y molestándome continuamente. ¡El triángulo del señor Tirlití reía a veces de manera tan solapada! Pero la señora madre golpeaba su gran tambor con tal ira, que su rostro se encendía como una aurora boreal escarlata bajo la bóveda de la gorra negra.

«Cuando el grupo se hubo retirado, permanecí todavía durante largo tiempo de pie en el mismo sitio, pensando en el significado de aquella danza ¿Era un baile del sur de Francia o una danza nacional española? En esto hacían pensar la fogosidad con que la bailarina movía su cuerpecillo de un lado para otro y la violencia con que arrojaba a veces su cabeza, con el estilo pícaro y atrevido de aquellas bacantes que admiramos en los relieves de los vasos de la antigüedad. Su baile adquiría entonces una irreflexión embriagante, una inevitabilidad tenebrosa, un carácter de fatalidad; bailaba en esos momentos como si ella misma fuese el destino. ¿0 eran fragmentos de una antiquísima y olvidada pantomima?[14]. ¿O era vida privada danzada? A veces la joven se inclinaba hasta la tierra, como si escuchase atentamente, como si oyese una voz que le hablase desde abajo..., temblaba entonces como una hoja, se retorcía rápidamente hacia el otro lado, ejecutando saltos frenéticos y ligeros, se inclinaba de nuevo hasta tocar la tierra con la oreja, escuchaba con más miedo aún que antes, asentía con la cabeza, se ponía roja, se ponía lívida, tiritaba, permanecía un rato de pie, como un cirio petrificado, y hacia finalmente los movimientos de alguien que se lavase las manos. ¿Era sangre lo que lavaba de sus manos durante tanto tiempo y con tanto cuidado, con tal terrible escrupulosidad? Miraba entonces a un lado, suplicante, implorante, infundiendo tanta lástima..., y esa mirada caía casualmente sobre mí.

«Durante toda la noche estuve pensando en esa mirada, en esa danza, en el insólito acompañamiento, y cuando al día siguiente, como de costumbre, paseaba por las calles de Londres, sentí un deseo irrefrenable de ver de nuevo a la hermosa bailarina y agudicé continuamente el oído para ver si escuchaba alguna música de tambor y triángulo. Por fin había encontrado en Londres algo que me interesara y ya no deambulaba sin rumbo fijo por sus aburridas calles.

«Salía justamente de la Tower, donde había estado examinando detenidamente el hacha con que fue decapitada Anna Boleyn, así como los diamantes de la corona inglesa y los leones, cuando vine a ver en la plaza, en medio de un gran círculo huno, a la señora madre con el gran tambor y escuché el canto de gallo del señor Tirlití. El perro sabio juntaba de nuevo las heroicidades de lord Wellington, el enano mostraba de nuevo sus

[14] *Fragmento* es otra de las palabras preferidas de Heine; la empleó para muchas de sus obras. En su ironía, llega a confundir hasta a muchos estudiosos, quienes hablan entonces de "obras inconclusas". Esto y lo de "judío convertido más tarde al cristianismo" son los dos tópicos que más abundan en nuestras enciclopedias.

imparables tercias y cuartas, y mademoiselle Laurence comenzaba de nuevo su danza maravillosa. Se repetían los mismos movimientos enigmáticos, el mismo idioma, que decía algo que yo no entendía, el mismo estilo impetuoso de dar bandazos con la hermosa cabeza, el mismo escuchar en la tierra, el miedo, que trataba de ser conjurado por saltos cada vez más fantásticos, y de nuevo el escuchar con el oído pegado al suelo, el temblar, el palidecer, el quedarse petrificada, luego también el terriblemente misterioso lavar de manos, y finalmente, la suplicante mirada de reojo, que esta vez se posó en mí durante un tiempo más largo.

»Es sabido que las mujeres, tanto las jóvenes como las mayores, se dan cuenta inmediatamente de cuándo despiertan la atracción de un hombre. Pese a que la señorita Laurence, cuando no bailaba, permanecía malhumorada e inmóvil con la mirada perdida, y cuando lo hacía, sólo a veces le dirigía una mirada al público, desde ese momento ya no era una simple casualidad el que esa mirada cayese siempre sobre mí, y cuanto más frecuentemente la vi bailar, tanto más significativa era esa brillante mirada, pero tanto más incomprensible también. Estaba como embrujado por esa mirada, y durante tres largas semanas, desde por la mañana hasta por la noche, deambulé por las calles de Londres, permaneciendo en cualquier lugar en el que bailase la señorita Laurence. Pese al gran ruido del pueblo, podía percibir ya a respetable distancia los tonos del tambor y del triángulo, y el señor Tirlití, en lo que veía que me acercaba, lanzaba sus quiquiriquíes más amistosos. Pese a que nunca intercambié palabra alguna con él, ni con la señorita Laurence, ni con la señora madre, ni con el perro sabio, al final yo parecía formar parte de su grupo. Cuando el señor Tirlití recolectaba dinero, se comportaba de la manera más fina al acercárseme, y miraba siempre hacia otro lado cuando yo echaba una monedita en su gorrillo de tres picos. Tenía modales realmente educados, recordaba las buenas maneras del pasado, se podía ver que el hombrecillo se había criado entre monarcas, y tanto más chocante resultaba cuando a veces, olvidándose completamente de su dignidad, cantaba como un gallo.

»No puedo describirle la amargura que sentí cuando en cierta ocasión pasé tres días seguidos buscando inútilmente al pequeño grupo por todas las calles de Londres, para darme cuenta finalmente de que habían abandonado la ciudad. El aburrimiento me tomó de nuevo en sus brazos de plomo y volvió a oprimirme el pecho. Finalmente no pude soportarlo por más tiempo y me despedí del populacho, de los *blackguards*, de los *gentlemen* y de los *fashionables* de Inglaterra, que son las cuatro clases sociales del imperio, y regresé a la tierra firme civilizada, donde me arrodillé piadosamente ante el delantal blanco del primer cocinero que encontré. Ahí pude volver a comer como una persona decente y regocijar mi alma contemplando la bondad de los rostros no marcados por la codicia. Pero nunca pude olvidar a la señorita Laurence; siguió bailando durante mucho tiempo en mi memoria; en los momentos de soledad tuve que reflexionar con frecuencia sobre las pantomimas enigmáticas de aquella hermosa niña, especialmente sobre su escuchar con el oído pegado a la tierra. Pasó aún mucho tiempo antes de que se extinguieran en mi memoria las míticas melodías del triángulo y del tambor.

- ¿Y ésa es toda la historia? -gritó de repente María, incorporándose vehementemente.

Pero Maximiliano la acostó de nuevo con suavidad, y poniéndole el índice en los labios, susurró:

- ¡Tranquila, tranquila!, no diga ni una palabra; sea buenecita y continúe sosegadamente echada. Le contaré el final de la historia, pero, ¡por el amor de Dios!, no me interrumpa.

Y arrellanándose más cómodamente en el sillón, prosiguió Maximiliano su relato de la siguiente manera:

- Cinco años después de ese encuentro llegué por primera vez a París y, por cierto, en época bien memorable[15]. Los franceses acababan de exhibir su revolución de julio, y todo el mundo les aplaudía. Aquella pieza no fue tan monstruosa como las tragedias anteriores de la república y del imperio. Tan sólo algunos miles de cadáveres quedaron en el escenario. Pero los políticos románticos no quedaron muy satisfechos y anunciaron una nueva obra en la que habría de correr más sangre y en la que el verdugo tendría más trabajo.

«París me regocijó en gran manera, por la animación que se manifiesta allí en todos los fenómenos y que ejerce también su influencia en las almas completamente sedientas. ¡Cosa extraña!, París es el escenario sobre el que se representan las mayores tragedias de la historia mundial, tragedias ante cuyo recuerdo tiemblan los corazones y se humedecen los ojos aun en los países más alejados; pero a los espectadores de esas grandes tragedias les ocurre aquí, en París, lo mismo que me pasó a mí en una ocasión en la puerta de San Martín cuando vi la representación de la *Tour de Nesle*[16]. Me vine a sentar detrás de una dama que llevaba puesto un sombrero de gasa de color rosa, y ese sombrero era tan ancho, que toda la tragedia que allí se representaba sólo la veía a través de la gasa rosácea del sombrero, de tal manera que todas las atrocidades de la *Tour de Nesle* se me aparecían bajo una luz rosada de lo más placentera. Y es que en París hay una luz rosada que le anima las tragedias a los espectadores cercanos, para no arruinarles la alegría de vivir. Hasta los horrores que uno ha traído a París en el propio corazón pierden allí su temerosa angustia. Los dolores se calman de una manera muy extraña. Con el aire de París se curan todas las heridas mucho más rápidamente que en ninguna otra parte; hay en el aire algo generoso, caritativo y encantador como en el pueblo mismo.

»Lo que más me gustó de ese pueblo de París fue su naturaleza gentil y su elegante aspecto. ¡Dulce perfume de piñas de la cortesía, de qué manera tan bienhechora animaste a mi pobre alma enferma que, en Alemania, tanto humo de tabaco, tanto olor a berzas y tanta rudeza tuvo que tragar! Como melodías de Rossini sonaron en mis oídos las disculpas corteses de un francés quien, el día de mi llegada, apenas me había rozado en la calle. Casi me espanté ante tanta dulce cortesía, yo, que estaba acostumbrado a los brutales golpes alemanes en las costillas, y sin disculpas. Durante las primeras semanas de mi estadía en París busqué a propósito el ser golpeado algunas veces, sólo para alegrarme con la música de los discursos de disculpa. Pero no únicamente por esa cortesía, sino ya tan sólo por lenguaje, tenía para mí el pueblo francés un cierto aire de hidalguía. Pues, como usted sabe, en el norte de Alemania el idioma francés está considerado como uno de los atributos de la alta nobleza, así que desde niño había asociado el hecho de hablar francés a la idea de la distinción. Y una dama parisiense de la calle hablaba mejor el francés que una colegiada alemana con sesenta y cuatro antepasados.

[15] El 19 de mayo de 1831 llega Heine a París, donde comenzará su exilio hasta 1848. El 14 de abril de 1827, cuatro años antes, viaja de Hamburgo a Londres.
[16] Drama de Alejandro Dumas.

»Por ese idioma, que le otorga un aspecto distinguido, tenía el pueblo francés ante mis ojos algo mítico y de lo más encantador. Esto surgía de otra reminiscencia de mi niñez. Y es que el primer libro con el que aprendí francés fue el de las fábulas de La Fontaine; los discursos del mismo, ingenuos y razonables, se habían grabado de manera imborrable en mi memoria, y cuando llegué a París y escuché hablar francés por todas partes, me acordaba continuamente de las fábulas de La Fontaine y creía oír las bien conocidas voces de animales: ahora hablaba el león, luego tomaba la palabra el lobo, luego el cordero o la cigüeña o la paloma, no pocas veces creía percibir la voz del zorro, y en mi memoria despertaban a veces las palabras:

»Hé! bon jour, monsieur le corbeau!
Que vous êtes joli, que vous me semblez beaul

«Tales reminiscencias fabulosas renacieron, sin embargo, con más frecuencia en mi alma cuando vine a parar en París a aquellas altas regiones que han dado en llamarse "el mundo". Y éste era precisamente aquel mundo que le había ofrecido su carácter animal a los tipos del bendito La Fontaine. La temporada de invierno comenzó pronto después de mi llegada a París, y participé en la vida de los salones, por los que deambula aquel mundo más o menos alegremente. Como lo más interesante de ese mundo no me sorprendió la uniformidad de los buenos modales, sino más bien la diversidad de sus partes integrantes. A veces, cuando observaba en un gran salón a las personas que allí se reunían pacíficamente, creía encontrarme en esas tiendas de rarezas donde reposan en el mayor desorden las reliquias de todos los tiempos: un Apolo griego al lado de una pagoda china, un Huitzilopochtli mejicano[17] junto a un eccehomo gótico, ídolos egipcios con cabecitas de perros, caricaturas sagradas de madera, de marfil, de metal...

»Allí vi viejos mosqueteros, que habían bailado en sus tiempos con María Antonieta, republicanos de reputación inmaculada, que habían sido divinizados en la Asamblea Nacional, jacobinos sin compasión y sin mancha, antiguos hombres del Directorio, que habían reinado en Luxemburgo, altos dignatarios del Imperio ante los que temblaba la Europa entera, poderosos jesuitas de la Restauración, en resumen: un cúmulo de divinidades descoloridas y mutiladas, de todas las épocas y en las que ya nadie cree más. Los nombres claman cuando se tocan, pero a los hombres se les ve pacíficos y amistosos unos junto a otros, como las antigüedades en las famosas tiendas del quai Voltaire. En los países germánicos, en los que las pasiones son menos disciplinadas, esa convivencia social de personas tan heterogéneas sería algo completamente imposible. Y tampoco entre nosotros, en el frío norte, es tan fuerte la necesidad de hablar como en la templada Francia, en donde los más encarnizados enemigos, cuando se encuentran en un salón, no pueden observar durante mucho tiempo un silencio glacial. Y también es en Francia la presunción tan grande, que uno se afana allí no sólo por agradar a los amigos, sino también a los enemigos. Y ahí es el engalanarse y el adular continuamente, de tal forma que las mujeres han de realizar grandes esfuerzos para superar a los hombres en el arte de la coquetería; pero lo consiguen.

«Con esa observación no quiero haber dicho nada malo, por mi honor que no; nada malo con respecto las mujeres francesas, y muchísimo menos con respecto a las

[17] Huitzlilopochtli: dios de la guerra y símbolo del sol en la mitología azteca. Heine utiliza la palabra Vitziputzli, deformación común en los siglos XVIII y XIX; lo emplea también como título de una de sus "historias" en Libro I del *Romancero.*

parisienses, pues soy el mayor admirador de las mismas, y las venero tanto más por sus defectos que por sus virtudes. No conozco nada más acertado que la leyenda según la cual las parisienses vienen al mundo con todos los defectos posibles, pero un hada madrina se apiada de ellas y concede un embrujo a cada uno de sus defectos, con lo que actúan como un encanto nuevo. Esa hada madrina es la gracia. ¿Son hermosas las parisienses? ¿Quién puede saberlo? ¿Quién puede penetrar en todas las intrigas del acicalamiento, quién puede descifrar si es auténtico lo que revela el tul o si es falso lo que recalca la abultada seda? Y si a la vista le es dado atravesar la cáscara y estamos a punto de investigar su núcleo, entonces se oculta inmediatamente en una nueva y luego en otra, y con ese incesante cambio de la moda se burlan de la aguda mirada masculina. ¿Son bellos sus rostros? También esto sería difícil de determinar. Pues todos los rasgos de sus rostros se encuentran en continuo movimiento, toda parisiense tiene miles de rostros, cada cual más sonriente, más ingenioso y más adorable que el otro, poniendo en un aprieto a todo aquel que pretende elegir entre ellos el rostro más hermoso o hasta el verdadero.

»¿Son grandes sus ojos? ¡Qué sé yo! No nos ponemos a investigar por mucho tiempo el calibre cañón cuando su bala nos secuestra la cabeza. Y cuando no dan en el blanco esos ojos, deslumbran al menos por su fuego, y uno se da por satisfecho con colocarse a prudente distancia. ¿Es el espacio entre la nariz y la boca en ellos ancho o angosto? A veces es ancho, cuando levantan la nariz; a veces estrecho, cuando sus labios superiores se abultan atrevidamente. ¿Es su boca grande o pequeña? Quién puede saber dónde termina la boca y empieza la sonrisa? Para que pudiese ser emitido un juicio justo, el enjuiciante y el objeto enjuiciado tendrían que encontrarse en estado de inmovilidad. Pero ¿quién puede estarse quieto ante una parisiense y qué parisiense se encuentra nunca quieta? Hay gentes que creen poder observar con toda exactitud a una mariposa cuando la han clavado con una aguja sobre el papel. Esto es tan absurdo como cruel. La mariposa clavada y tranquila ha dejado de ser una mariposa. A la mariposa hay que observarla cuando da vueltas alrededor de una flor... y a la parisiense hay que observarla no en su estado hogareño, cuando está sujeta por una aguja clavada en el pecho, sino en los salones, en las veladas y en los bailes, cuando revolotea con sus alas de gasa y de seda bordadas, bajo las centelleantes coronas cristalinas de la alegría. Entonces se manifiestan en ellas unos deseos inquietos de vida, un afán de dulce somnolencia y ansias de embriaguez, con lo que resultan casi temiblemente embellecidas y adquieren unos encantos que arrebatan y conmueven al mismo tiempo a nuestras almas.

»Esa sed de gozar la vida, como si al momento siguiente la muerte las fuese a sacar de las borboteantes fuentes del placer o como si esas fuentes fueran a secarse en los próximos momentos, esa intranquilidad, esa rabia, esa locura de las parisienses, tal como se muestra especialmente en los bailes, me recuerda siempre la leyenda de las bailarinas muertas, llamadas *willis* en mi patria[18]. Estas son jóvenes novias, muertas antes del día de la boda, pero que han conservado en sus corazones las ansias insatisfechas de bailar, y con tanta fuerza, que salen por las noches de sus tumbas, se juntan en grupos por las carreteras y se entregan allí, en la medianoche, a las danzas más desenfrenadas. Adornadas con sus trajes de boda, con coronas de flores en las cabezas y anillos brillantes en sus pálidas manos, riéndose horripilantemente y de una belleza irresistible, danzan las *willis* bajo el claro de luna, y bailan con tanta más pasión y desenfreno cuanto más

[18] Heine describe a las *willis* en *Espíritus elementales*

Librodot

sientan que finalizan las concedidas horas de baile y que habrán de bajar de nuevo a la frialdad de sus tumbas.

Fue durante una velada en la Chaussée d'Antin cuando esta observación me conmovió profundamente el alma. Fue una velada brillante, nada faltó e los ingredientes tradicionales del placer social: luz suficiente como para ser iluminado, espejos suficientes como para poder mirarse en ellos, personas suficientes como para estar ardientemente apretujado, agua de azúcar y hielos suficientes como para refrescarse. Se comenzó con música. Franz Liszt se había dejado conducir al piano, se echó los cabellos por la genial frente y ofreció una de sus batallas más brillantes. Las teclas parecían sangrar. Si no me equivoco, ejecutó un pasaje de las *Palingenesias* de Ballanche, cuyas ideas tradujo él a música, lo que fue muy provechoso para aquellos que no pueden leer en el original las obras de ese escritor famoso[19]. Después tocó *La marcha al suplicio* de Berlioz, esa pieza tan adecuada que compuso el joven músico, si no me equivoco, en la mañana del día de su boda.

»En toda la sala, rostros palidecidos, pechos palpitantes, respiración silenciosa durante las pausas; al final, retonantes aplausos. Las mujeres se encuentran siempre como embriagadas cuando Liszt les toca algo. Y entonces, las *willis* del salón, con alocada alegría, se lanzaron al baile, y mucho trabajo me costó escaparme de la algarabía y refugiarme en un cuarto contiguo. En él se jugaba, y en grandes sillones descansaban algunas damas que contemplaban a los jugadores o que, al menos, hacían como si se interesasen por el juego. Cuando rocé a una esas damas al pasar y mi brazo tocó su vestido, sentí un ligero estremecimiento desde la mano hasta hombro, como producido por una débil descarga eléctrica. Pero una descarga muchísimo mayor atrasó mi corazón cuando contemplé el rostro de esa dama. ¿Es ella o no lo es? Era la misma faz, que por su forma y color de sol recordaba a una estatua antigua; sólo que no era de un mármol tan puro pulido como en otros tiempos. A la aguda mirada se le revelaban en la frente y en las mejillas algunas hendiduras pequeñas, quizás cicatrices de viruelas, que hacían recordar aquí las finas manchas producidas por el tiempo, tal como puede verse en los rostros de las estatuas que hayan sido expuestas durante algún tiempo a la lluvia. Eran también los mismos cabellos negros, que cubrían sus sienes, lisos y ovalados, cual alas de cuervo. Pero cuando sus ojos se pasaron en los míos, y a saber, con aquella conocida mirada de reojo, cuya rauda centella me atravesaba siempre el alma de manera tan misteriosa, entonces no dudé más: era la señorita Laurence.

«Elegantemente tendida en su sillón, con un ramo de flores en una mano y apoyada con la otra en el respaldo, vi a la señorita Laurence no lejos de una mesa de juego; parecía dedicarle toda su atención al movimiento de las cartas. Distinguido y precioso era su vestido, pero muy sencillo y de satén blanco. Aparte brazaletes y prendedores al pecho, no llevaba ninguna joya. Una profusión de encajes cubrían sus jóvenes pechos, tapándolos de manera casi puritana hasta el cuello, y en esa sencillez y recato en el atuendo, ofrecía un contraste emocionantemente encantador con algunas damas de edad, las que, muy emperifolladas y relucientes de diamantes, estaban sentadas cerca de ella y mostraban desnuda y melancólicamente las ruinas de sus pomposidades pasadas, los lugares donde había estado Troya. Todavía se veía preciosa y con su delicioso malhumor;

[19] Pierre-Simon Ballanche (1776-1847), como su libro *Essai de paligénésie sociale*, presentó durante la época de que habla Heine una utopía social de carácter místico y cristiano. Heine se burla aquí de las tendencias religiosas de Liszt.

algo me atraía irresistiblemente hacia ella, y finalmente me encontré detrás de su sillón, ardiendo en deseos de hablar con ella, pero detenido por un vacilante sentimiento de recato.

«Debí de haber permanecido algún tiempo callado detrás de ella, cuando de pronto sacó una flor de su ramo y me la alcanzó por encima de su hombro sin mirarme siquiera. Era extraño el perfume de aquella flor, y ejerció sobre mí un peculiar embrujo. Me sentí dispensado de todo formalismo social, me sentí como en un sueño, en el que uno hace y dice toda suerte de cosas, por lo que uno mismo se admira y donde nuestras palabras adquieren un carácter completamente infantil, confiado y simple, tranquilo e indiferente, descuidado, tal como es costumbre entre viejos amigos, me incliné sobre el respaldo del sillón y le susurré a la joven dama al oído:

»- Mademoiselle Laurence, ¿dónde está la madre con el tambor?

»- Ha muerto -respondió en el mismo tono, igualmente tranquila, indiferente, con descuido.

»Tras una pausa corta me incliné de nuevo sobre el respaldo del sillón y le susurré a la joven dama al oído:

»- Mademoiselle Laurence, ¿dónde está el perro sabio?

»- ¡Se ha marchado al ancho mundo! -respondió de nuevo en el mismo tono tranquilo, indiferente, descuidado.

Y de nuevo tras una corta pausa me incliné sobre el respaldo del asiento y le susurré a la joven dama al oído:

»- Mademoiselle Laurence, ¿dónde está monsieur *Tirlití*, el enano?

»- Se encuentra entre los gigantes, en el Boulevard du Temple -respondió.

Pero apenas había acabado de pronunciar esas palabras, y a saber, de nuevo en el mismo tono tranquilo, indiferente y descuidado, cuando un hombre viejo de aspecto adusto y de figura alta y marcial se acercó a ella y le anunció que el coche esperaba a puerta. Levantándose lentamente de su asiento, se cogió del brazo de aquel hombre, y sin dirigirme ni una sola mirada, abandonó con él la reunión.

Cuando me acerqué a la dama de la casa, que había pasado toda la tarde ante la puerta principal de la sala, presentándoles sus sonrisas a los que llegaban y se iban, y le pregunté por el nombre a joven persona que acababa de salir en compañía del viejo hombre, se echó a reír en mi cara y exclamó:

»- ¡Dios mío, quién puede conocer a todas las personas! Le conozco a él tan poco como...

«Entonces se detuvo, pues con certeza que pensaba decir "tan poco como a usted mismo", a quien había visto igualmente por primera vez en esa noche.

»- Quizás -observé- podría darme alguna información su señor esposo; ¿dónde puedo encontrarlo?

»- De caza en Saint-Germain -respondió la dama, con una risa aún más fuerte-, hoy se ha ido de madrugada y regresará mañana por la noche. Pero espere, conozco a alguien que ha hablado mucho con la dama por la que usted pregunta; no sé su nombre, pero podrá enterarse fácilmente preguntando por el joven a quien el señor Casimir Périer dio un puntapié, no sé en qué parte.

»Por muy difícil que resulte reconocer a un hombre que haya recibido un puntapié de un ministro[20], pronto había encontrado a mi hombre y le pedí una explicación detallada de la extraña criatura que tanto me interesaba y que supe describirle con la necesaria claridad.

»- Pues sí -me dijo el joven-, la conozco muy bien, he estado hablando con ella en varias veladas...

»Y me repitió una buena cantidad de cosas insulsas con las que la había entretenido. Lo que le había llamado la atención especialmente fue su mirada seria cada vez que él le dirigía un cumplido. Tampoco se admiraba menos de que siempre le rechazara su invitación a una contradanza, y a saber, asegurándole que no sabía bailar. Nombres y relaciones le eran desconocidos. Y nadie, por mucho que traté de informarme, supo comunicarme algo más concreto. Inútilmente corrí de una velada a otra, por ninguna parte pude volver a encontrar a la señorita Laurence.

- ¿Y ésa es toda la historia -exclamó María, dándose vuelta lentamente y bostezando adormilada-, es ésa toda la historia extraña? ¿Y no volvió a ver nunca más a la señorita Laurence, ni a la madre con el tambor, ni al enano Tirlití, ni tampoco al perro sabio?

- Quédese tranquilamente acostada -repuso Maximiliano-. A todos los volví a ver, hasta el perro sabio. Por cierto que éste se encontraba pasando grandes miserias, el pobre pícaro, cuando me lo encontré en París. Fue en el Quartier Latin. Pasaba justamente por delante de la Sorbona cuando por el portal salió corriendo un perro y detrás de él, armados de palos, una docena de estudiantes a los que se unieron pronto dos docenas de mujeres viejas, gritando todas en coro: «¡El perro tiene la rabia» En su miedo cerval se veía casi humano el infeliz animal, como lágrimas fluía el agua de sus ojos, y cuando pasó corriendo y gimiendo por delante mío y posó en mí su mirada húmeda, reconocí a mi viejo amigo, al perro sabio, al panegirista de lord Wellington, quien otrora llenase de admiración al pueblo de Inglaterra. ¿Tenía quizás en verdad la rabia? ¿Se había vuelto chiflado quizás por tanta sabiduría cuando prosiguió sus estudios en el Barrio Latino? ¿O debido acaso a un suave rascar o a un callado gruñido en la Sorbona, con lo que pretendía manifestar su desaprobación por las charlatanerías ramplonas de cualquier catedrático, se había ganado descontento de éste, quien, para quitárselo de encina, lo declaró loco? Pues, ¡ay!, la juventud no se pone a investigar por mucho tiempo si fue el oscurantismo erudito o la envidia profesional quien gritó primero: «¡El perro tiene la rabia!» Y golpea con sus irreflexivos palos, y las viejas mujeres están pronto con sus lamentos y acallan a gritos la voz de inocencia o de la razón. Mi pobre amigo tuvo que perecer; ante mis ojos fue despiadadamente muerto a palos, escarnecido y arrojado finalmente a un montón de basura. ¡Pobre mártir de la sabiduría!

»No mucho mejor era el estado en que se encontraba el enano, monsieur Tirlití, cuando lo volví a ver en el Boulevard du Temple. Si bien es verdad que la señorita Laurence me había dicho que se hallaba en aquel lugar, bien sea porque no pensé seriamente en buscarle o porque la multitud allí me lo impedía, lo cierto es que mucho tiempo más tarde vine a descubrir el tenducho en el que puede verse a los gigantes. Al entrar me encontré con dos bribones larguiruchos, tumbados perezosamente en sendos catres, quienes se levantaron rápidamente de un salto y se colocaron ante mí en posición de gigantes. No eran en modo alguno tan altos como se anunciaba en su cartel. Eran dos picaros alargados, que llevaban un traje de malla de color rosa, barbas muy negras, quizás

[20] Casimir Périer: banquero y político, fue primer ministro en los años 1831-1832.

postizas, y que blandían sobre sus cabezas mazas de madera hueca. Cuando pregunté por el enano, de quien se daba igualmente noticia en el cartel, me contestaron que desde hacía cuatro semanas, debido a su indisposición progresiva, no era mostrado, pero que podría verlo de todas formas si pagaba entrada doble. ¡Con qué gusto se paga entrada doble por ver de nuevo a un amigo! Mas, ¡ay!, lo que vi fue a un amigo en el lecho de muerte. Ese lecho eran una cuna en realidad, y en ella yacía el pobre enano con su amarillento y arrugado rostro de anciano. Una niña de unos cuatro años estaba sentada a su lado, moviendo la cuna con los pies y cantando con tonos burlescos y alegres:

»¡Duerme, Tirlití, duerme!

«Cuando me vio el hombrecillo, abrió todo lo más posible sus ojos vidriosos y sin sangre, y una sonrisa nostálgica se dibujó en sus labios lívidos; pareció reconocerme en seguida, me tendió su manita desecada y me dijo quedamente y con voz ronca:

»- ¡Viejo amigo!

»Era efectivamente un estado lamentable en el que encontraba al hombre que ya a la edad de ocho años había mantenido una larga conversación con Luis XVI y a quien el zar Alejandro daba bombones, a quien llevó en su regazo la princesa de Kyritz, a quien el papa divinizaba y a quien Napoleón nunca quiso. Esa última circunstancia atormentaba al infeliz aún en su lecho de muerte, o, como he dicho, en su cuna de muerte, y lloraba por el trágico destino del gran emperador, que nunca le había querido, pero que había acabado sus días en tan terrible estado en Santa Elena.

- Exactamente igual que yo termino -añadió-, solitario, ignorado, olvidado por todos los reyes y príncipes, ¡una imagen sarcástica de la pasada majestad!

Pese a que no podía entender exactamente cómo un enano, que moría entre gigantes, podía compararse a los gigantes que murieron entre enanos, me emocionaron, sin embargo, las palabras del pobre Tirlití y toda su situación de abandono al momento de la muerte. No pude menos que expresar mi admiración por el hecho de que la señorita Laurence, que tenía ahora una posición tan distinguida, no se hubiese ocupado de él. Pero apenas había pronunciado yo ese nombre, cuando el enano en su cuna se vio atacado por las más terribles convulsiones y sus labios lívidos lloriquearon:

- ¡Ingrata criatura!, a quien crié, a quien quise hacer mi esposa, a quien enseñé cómo ha de comportarse uno entre los grandes de este mundo, cómo hay que sonreír cuando uno se inclina en la corte, cómo se representa..., bien que te has aprovechado de mis clases, y eres ahora una gran señora, y tienes coches y lacayos, y mucho dinero, y mucho orgullo, y ningún corazón. ¡Me dejas morir aquí, solitario y en la miseria, como Napoleón en Santa Elena! ¡Oh, Napoleón, nunca me quisiste...!

»Lo que añadió no pude entenderlo. Levantó la cabeza, hizo algunos movimientos con la mano, como si se batiera con alguien, quizás con la muerte. Pero ningún hombre puede oponerse a ese adversario, ni un Napoleón ni un Tirlití. Aquí no sirve parada alguna. Abatido, como derrotado, dejó caer de nuevo el enano la cabeza, me miró durante largo rato con una mirada indescriptiblemente fantasmal, cantó de repente como un gallo y entregó el alma.

»Aquella muerte me afligió tanto más por cuanto el difunto no me había dado ninguna información detallada sobre la señorita Laurence. ¿Dónde podría encontrarla

Librodot

ahora? Ni estaba enamorado de ella ni sentía, por lo demás, una gran atracción, y sin embargo, un deseo misterioso me espoleaba a buscarla por todas partes; cuando llegaba a cualquier salón y había pasado mi vista por los allí reunidos, sin haber encontrado el conocido rostro, pronto perdía la calma y tenía que marcharme inmediatamente. Meditando sobre ese sentimiento me encontré en cierta ocasión, a eso de la medianoche, en una de las salidas apartadas de la ópera, esperando un coche, y esperando de muy mal humor, pues llovía a cántaros. Pero no venía ningún coche, o pasaban quizás solamente coches que pertenecían a otras gentes, las que irían cómodamente sentadas mientras todo se volvía más solitario a mi alrededor. "Pues tendrá que viajar conmigo", dijo al final una dama, completamente tapada con una mantilla negra y quien, tras haber permanecido junto a mí durante un tiempo, se disponía a montarse en un coche. La voz me atravesó el corazón, la tan conocida mirada de reojo ejerció de nuevo su embrujo, y me encontré de nuevo como entre sueños al encontrarme junto a la señorita Laurence en un coche blando y caliente. No intercambiamos ninguna palabra, y tampoco nos hubiésemos podido entender, puesto que el coche cruzaba entre ruidos atronadores las calles de París, durante mucho tiempo, hasta que se detuvo finalmente delante de un gran portalón.

«Criados de brillantes libreas nos fueron iluminando el camino escaleras arriba y a través de una serie de aposentos. Una ayuda de cámara, que salió a nuestro encuentro con rostro somnoliento, dijo tartamudeando, entre muchas disculpas, que sólo se había encendido lumbre en la alcoba roja. Y haciéndole una señal a la mujer para que se retirara, dijo Laurence entre risas:

»- La casualidad lo lleva hoy bien lejos; sólo en mi dormitorio hay fuego.

»En aquel dormitorio, en el que pronto nos encontramos solos, ardía un magnífico fuego en la chimenea, lo que era tanto más agradable por cuanto la alcoba era increíblemente grande y alta. Aquel gran dormitorio, que más merecía el nombre de sala de dormir, tenía también algo extrañamente desértico. Muebles y decoración, todo tenía allí el cuño de una época cuyo esplendor nos narcotiza ahora tanto, cuya grandeza nos parece ahora tan insípida, que sus reliquias despiertan en nosotros una cierta desazón, cuando no nos causan una secreta risa. Me refiero a la época del Imperio, a la época de las águilas doradas, de los plumeros altivos, de los tocados griegos, de la gloria, de las misas militares, de la inmortalidad oficial que decretaba *Le Moniteur Universel*, del café continental, que se preparaba de achicoria, del abominable azúcar, que se fabricaba de remolacha, y de los príncipes y duques, que se hacían de nada. Pero no carecía de encanto esa época del materialismo patético... Talma declamaba, Gros pintaba, la Bigotini bailaba, Maury predicaba, Rovigo tenía la policía, el emperador leía a Ossián, Pauline Borghese se hacía esculpir como una Venus, completamente desnuda, pues su habitación estaba bien caldeada, como el dormitorio en el que me encontraba con la señorita Laurence.

«Estábamos sentados junto a la chimenea, conversando en confianza, y me dijo suspirando que se había casado con un héroe bonapartista, quien todas las noches, antes de irse a dormir, la entretenía con la descripción de alguna de sus batallas; antes de partir de viaje, hacía ya algunos días, le había ofrecido la batalla de Jena, pero se encontraba muy enfermo y difícilmente sobreviviría a la campaña de Rusia. Cuando le pregunté cuánto tiempo hacía que había muerto su padre, se echó a reír y confesó que nunca había conocido a padre alguno y que su llamada madre nunca había estado casada.

»- ¿Nunca casada? -exclamé-, yo mismo la he visto en Londres llevando riguroso luto por la muerte de su marido.

»- Oh -repuso Laurence-, durante doce años siempre se ha vestido de negro para despertar lástima entre las gentes, como viuda infeliz, y de paso para atraer a algún tonto con ganas de casarse, pues confiaba en llegar bajo bandera negra tanto más rápidamente al puerto del matrimonio. Pero sólo la muerte se compadeció de ella; murió por un vómito de sangre. Nunca la quise, pues siempre me dio muchos golpes y muy poco de comer. Me hubiese muerto de hambre si el señor Tirlití no me hubiese dado a veces en secreto un trocito de pan; pero el enano pedía a cambio que me casara con el, y cuando sus esperanzas desaparecieron, se alió con mi madre, digo madre por costumbre, y ambos me torturaron en común. Decían siempre que era una criatura innecesaria, que el perro sabio valía mil veces más que mis miserables bailes. Y así alababan al perro a mis expensas, lo ponían por encima de las estrellas, lo acariciaban, le alimentaban con pasteles y a mí me arrojaban las migajas. El perro, decían, era su mejor apoyo, encantaba al público, que no se interesaba por mí en absoluto, el perro tenía que mantenerme con su trabajo, yo comía el pan por la gracia del perro. ¡El maldito perro!

»- Oh, no lo maldiga más -dije, interrumpiendo a la airada mujer-, ahora está muerto, yo le vi morir...

»- ¿Ha estirado la pata la bestia? -exclamó Laurence, incorporándose de un salto y con todo el rostro sonrojado por la alegría.

»- Y también el enano ha muerto -añadí.

»- ¿El señor Tirlití? -exclamó Laurence, igualmente con alegría. Pero esa alegría desapareció paulatinamente de su rostro, y en un tono más suave, casi añorante, dijo finalmente-: ¡Pobre Tirlití!

»Y cuando le dije que el enano se había quejado muy amargamente de ella a la hora de morir, cayó en una profunda agitación y me aseguró, entre juramentos solemnes, que tenía la intención de acomodar al enano lo mejor posible y que le había ofrecido una renta anual si consentía en vivir tranquila y modestamente en algún lugar de provincias.

»- Pero, ambicioso como era -prosiguió Laurence-, exigió permanecer en París y hasta vivir en mi hotel; pensaba que, por mediación mía, podría entablar de nuevo sus relaciones en Faubourg Saint-Germain y ocupar de nuevo en la sociedad su esplendorosa posición de antaño. Cuando le negué esto rotundamente, me mandó a decir que era un fantasma maldito, un vampiro, una hija de la muerte... -Laurence se detuvo de súbito, se estremeció violentamente y dijo al fin, con un suspiro que le salía lo más hondo del pecho-: ¡Ay! ¿Por qué no me dejaron con mi madre en la tumba?

«Cuando la apremié para que me explicara esas misteriosas palabras, salió un torrente de lágrimas sus ojos, y temblando y gimiendo me confesó que la mujer del tambor vestida de negro, que se había hecho pasar por su madre, le dijo un día que no eran simples leyendas los rumores que corrían en torno a su nacimiento.

»- En la ciudad en que vivíamos -continuó Laurence- me llamaban siempre "la hija de la muerte". Las viejas hilanderas afirmaban que yo era en realidad la hija de uno de los condes del lugar, quien maltrataba continuamente a su mujer, a quien dio fastuoso entierro al morir; pero se encontraba en alto grado de embarazo y sólo muerta aparentemente y cuando unos ladrones de cementerio, con el fin de incautarse del cadáver ricamente adornado, abrieron la tumba, encontraron a la condesa viva y en los dolores del parto; y como muriera inmediatamente después de dar a luz, los ladrones la dejaron tranquilamente de nuevo en la tumba y se llevaron a la niña, que entregaron a su cómplice, la amante del gran ventrílocuo. A esa pobre niña, enterrada antes de haber

nacido, se la llamó desde entonces por doquier "la hija de la muerte"... ¡Ay!, no puede comprender cuánto dolor sentía ya de niña pequeña cuando se me llamaba por ese nombre. Cuando el gran ventrílocuo vivía todavía y se encontraba, no raras veces, insatisfecho conmigo, me gritaba siempre: "¡Maldita hija de la muerte, ojalá nunca te hubiese sacado de la tumba." Hábil ventrílocuo como era, podía modular su voz de tal forma que uno creyera que salía de la tierra, y me decía entonces que era la voz de mi madre muerta, quien me contaba su historia. Y él conocía bien esa voz, pues había sido ayuda de cámara del conde. Si divertía de la manera más macabra cuado yo, una pobre chiquilla, me asustaba terriblemente por las palabras que parecían salir de la tierra. Esas palabras, que parecían venir de las entrañas de la tierra, contaban historias tremendas, historias cuya relación no entendía, que después fui olvidando poco a poco, pero que al bailar me vuelven vivas a la mente. Sí, cuando bailo me asalta un fenómeno extraño, me olvido de mí misma y me parece que yo soy otra persona, y que todos los sufrimientos y secretos de esa persona me atormentan..., y tan pronto paro de bailar, todo se borra de nuevo en mi memoria.

«Mientras Laurence contaba todo esto, lenta y como interrogativamente, se hallaba de pie ante mí junto a la chimenea y yo me encontraba apoltronado en el sillón, que era seguramente el asiento de su esposo mientras le narraba sus batallas por las noches, antes de irse a acostar. Laurence me miró con sus grandes ojos, como si me pidiera consejo; movía la cabeza de manera tan melancólica y reflexiva; me infundía una lástima tan noble y tan dulce; estaba tan delgada, tan joven, tan hermosa, aquel lirio que había crecido de la tumba, aquella hija de la muerte, ¡aquel fantasma con el rostro de un ángel y el cuerpo de una bayadera! No sé cómo ocurrió, quizás fuese la influencia del sillón en el que me encontraba, pero de repente me pareció como si fuese el viejo general, que había explicado ayer en ese lugar la batalla de Jena, como si tuviese que proseguir mi narración, y dije:

»- Después de la batalla de Jena se entregaron en el curso de pocas semanas, casi sin resistencia digna de mención, todas las plazas prusianas. Primero se entregó Magdeburgo; era la plaza más fuerte y tenía trescientos cañones. ¿No es eso ignominioso?

«Pero la señorita Laurence no me dejó continuar, todos los pensamientos sombríos se habían desvanecido de su hermoso rostro, se echó a reír como un niño y exclamó:

»- ¡Sí, eso es ignominioso, más que ignominioso! Si yo fuese una fortaleza y tuviese trescientos cañones, ¡nunca me entregaría!

»Pero ya que la señorita Laurence no era ninguna fortaleza ni tenía trescientos cañones... -Y al decir estas palabras se interrumpió de repente Maximiliano en su relato y preguntó silenciosamente, tras una corta pausa-: ¿Duerme usted, María?

- Duermo -respondió María.

- Tanto mejor -dijo Maximiliano, con una suave sonrisa-, no he de tener, por tanto, miedo a aburrirla cuando describa más detalladamente los muebles del cuarto en el que me encontraba, tal como acostumbran hacer los novelistas de hoy.

- ¡Pero no se olvide de la cama, mi querido amigo!

- Era realmente -replicó Maximiliano- una cama soberbia. Las patas, como en todas las camas del Imperio, estaban compuestas de cariátides y esfinges, y el techo brillaba con tantos ornamentos dorados, a saber: con águilas de oro que se acariciaban los picos como tortolitas, quizás una imagen sensual del amor y del Imperio. Las cortinas de la

Librodot

cama eran de seda roja, y como las llamas que despedía el fuego en el hogar se veían muy claramente a través de ellas, me encontré con Laurence en medio de una rojísima iluminación, así que me pareció ser el dios Plutón, rodeado por las incandescencias del averno y abrazado a la durmiente Proserpina. Dormía, y observé su excelso rostro en ese estado, tratando de entender en sus rasgos aquella simpatía que mi alma sentía por ella. ¿Quién era esa mujer? ¿Qué sentido oculto acechaba tras el simbolismo de aquellas bellas formas?

«Pero ¿no es locura tratar de investigar el sentido intrínseco de un fenómeno ajeno cuando ni siquiera podemos resolver los enigmas de nuestra propia alma? ¡Si es que ni siquiera sabemos con certeza si esos fenómenos ajenos existen en verdad! Cuántas veces no podemos diferenciar la realidad de los simples rostros de los sueños? ¿Era una imagen de mi fantasía o fue la terrible realidad lo que oí y vi en aquella noche? No lo sé. Tan sólo recuerdo que mientras los más salvajes pensamientos agitaban mi pecho, un ruido extraño me penetraba por el oído. Era una melodía demencial, extrañamente silenciosa. Me resultaba conocida, y finalmente pude diferenciar los tonos de un triángulo y de un tambor. La música, zumbante y vibrante, parecía venir desde muy lejos, y sin embargo, al abrir los ojos, vi ante mí, en el medio de la alcoba, un conocido espectáculo: eran el señor Tirlití, el enano, tocando el triángulo, y la señora madre, golpeteando el gran tambor, mientras que el perro sabio rebuscaba por el suelo, como si tratase de reunir de nuevo sus letras de madera. El perro parecía moverse sólo a duras penas y su piel estaba cubierta de sangre. La señora madre llevaba todavía sus negros vestidos de luto, pero su barriga no sobresalía ya de manera tan ridícula, sino que le colgaba asquerosamente; tampoco su rostro era rojo, sino blanquecino. El enano, que seguía llevando el traje bordado de un viejo marqués francés y una peluca empolvada, parecía haber crecido algo, quizás porque había adelgazado de manera tan espeluznante. Mostraba de nuevo sus artes de esgrima y parecía repetir sus viejas brabuconadas, pero hablaba tan bajo que no entendí ni una palabra, y sólo por los movimientos de sus labios pude darme cuenta a veces de que volvía a cantar como un gallo.

«Mientras aquellas grotescas y escalofriantes caricaturas danzaban ante mis ojos, como un juego de sombras y con lúgubre precipitación, sentí que la señorita Laurence respiraba cada vez más intranquila. Un temblor glacial sacudía todo su cuerpo, sus miembros parecían convulsionados, como sometidos a insoportables dolores. Y finalmente, resbaladiza como una anguila, se deslizó de mis brazos, se encontró de repente en el centro de la alcoba y comenzó a bailar, mientras que la madre con el tambor y el enano con el triángulo tocaban su música suave y apagada. Bailaba de la misma manera que entonces en el puente de Waterloo y en las esquinas Londres. Eran las mismas misteriosas pantomimas, los mismos arrebatos en los saltos apasionados, la misma sacudida bacántica de la cabeza, a veces también el mismo inclinarse hasta la tierra, como si quisiera escuchar lo que se hablaba allá abajo, luego también el temblar, el palidecer y el quedarse petrificada, y de nuevo el escuchar con el oído pegado al suelo. También se restregaba de nuevo las manos, como si se las lavase. Finalmente, pareció dirigirme su mirada de reojo, profunda, misteriosa, suplicante..., pero solamente en los rasgos de su rostro cadavérico reconocí esa mirada, no en sus ojos, pues los tenía cerrados. En melodías cada más apagadas fue extinguiéndose la música; la madre del tambor y el enano fueron palideciendo lentamente, diluyéndose como entre nieblas, para desaparecer al fin totalmente; pero la señorita Laurence estaba todavía en pie y bailaba con los ojos cerrados. Esa danza con los ojos cerrados en la nocturna tranquilidad de la

Librodot

alcoba otorgaba a esa noble criatura una apariencia tan espectral, que una misteriosa inquietud se apoderó de mí, me eché a temblar y me sentí feliz cuando finalizó su baile.

»En verdad, la contemplación de aquella escena no fue nada agradable para mí. Pero el ser humano se acostumbra a todo. Y hasta es posible que lo fantástico le otorgase a aquella mujer un nuevo encanto muy especial, que una terrible ternura se uniese mis sensaciones, que..., ¡basta!, pasadas unas semanas ya no me admiraba en lo más mínimo cuando en las noches sonaban las suaves melodías del tambor y del triángulo y mi querida Laurence se levantaba de repente e interpretaba un solo de danza con los ojos cerrados. Su esposo, el viejo bonapartista tenía a su cargo el comando de unas tropas en la región de París y sus obligaciones no le permitían pasar los días en la ciudad. Como es de entender, se convirtió en mi amigo más íntimo, y lloró amargamente cuando tiempo después tuvo que partir para un largo viaje y se despidió de mí. Viajó, a saber, con su esposa a Sicilia, y nunca más los he vuelto a ver.

Al terminar este relato, Maximiliano cogió precipitadamente el sombrero y salió silenciosamente de la alcoba.